

La Espera



Año II * Núm. 71

Precio: 50 cénts.



MUCHACHA LEONESA, por Brugada

El Jabón
de Heno de Pravia
de la casa **GAL** deja
la mano como un guante.



La Esfera

Año II.—Núm. 71

8 de Mayo de 1915

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



ENVER BAJÁ
General en jefe del Ejército y de la Marina de Turquía

UB
DIBUJO DE GAMONAL
Biblioteca de Comunicació
i Hemeroteca General

DE LA VIDA QUE PASA

FILOSOFÍA DE LA BARBARIE



ERNESTO RENÁN

No ha sido el conde de Gobineau, ni ha sido Treiske, ni Federico Nietzsche, el precursor intelectual de este período de barbarie en el que un huracán de crueldad está abatiendo todos los rosales místicos que ha plantado el hombre sobre la tierra. El conde de Gobineau se contentó con entonar un himno á la supuesta ó efectiva superioridad étnica del tipo germánico, dentro de la competencia de las razas. Treiske, desde su cátedra, predijo los altos destinos del pueblo alemán en el ámbito de la historia, y Nietzsche no ha hecho otra cosa que oponer un ideal pagano de la vida, ideal de expansión de los instintos y de las pasiones á la doctrina del divino aldeano de Nazareth, que nos exhorta á apagar el incendio de nuestros apetitos con el agua santa de la piedad. Gobineau, habló como antropólogo; Treiske, como historiador que cubica el valor moral de su pueblo, y Nietzsche, como filósofo que quiere aventar del alma humana las nubes del remordimiento.

El verdadero precursor intelectual de este período de barbarie, que es como la quiebra de todas las ilusiones religiosas y de todos los dogmas filosóficos y sociológicos, es Ernesto Renán. Oigamos su palabra, que viene de una lejanía de cincuenta años: «La guerra, transformada en terror preventivo, el prisionero en rehenes, torturado, no como culpable, sino para amedrentar al pueblo é impedirle que se desfieade, este principio, olvidado desde Louvois, es ahora altamente proclamado. La crueldad es una fuerza y constituye, en las cosas humanas, una ventaja de la cual es duro privarse. El porvenir no es alegre. ¿No habrá derecho también á sostener que la verdad futura es triste? El poder no ha residido hasta aquí en la humanidad más que por la precaución que han tenido los potentes de reservar ciertas masas bárbaras para utilizarlas como instrumentos eficaces de dominio. Los tiranos positivistas de que hablo, no tendrían escrúpulos en mantener, en algún rincón lejano de Asia, un núcleo de Bachkirs ó de Kalmukos, máquinas obedientes, desasidas de repugnancias morales y dispuestas á todas las ferocidades».

Piense el lector en las levas que han hecho Inglaterra y Francia en África y en Asia y convendrá conmigo en que Ernesto Renán las presintió. «La verdad—añade el autor de *La Vida de Jesús*—será un día la fuerza. Saber es poder; he ahí la más bella frase que se haya dicho. La ignorancia verá los efectos de esa afirmación y creerá; la teoría quedará demostrada por sus aplicaciones. Una teoría de la que surgirán máquinas terribles, domando todo y subyugán-

dolo todo, probará su verdad de una manera irrecusable. Las fuerzas de la humanidad serán, de ese modo, concentradas en un reducido número de manos, transformándose en la propiedad de una minoría ó liga de hombres capaz de disponer de la existencia del planeta y de aterrizar, con esa amenaza, al mundo entero. El día, en efecto, en que algunos privilegiados de la razón posean el medio de destruir el planeta, su soberanía quedará asegurada; estos privilegiados reinarán por el terror absoluto, puesto que la existencia de todos estará en sus manos, pudiéndose considerar entonces realizado el ensueño teológico del poeta en la edad primitiva: *primus in orbe deos fecit timor*».

Piense el lector sobre los procedimientos de guerra que emplea Alemania y recuerde los instrumentos que utiliza para expugnar las fortalezas de hombres que tiene enfrente y habrá de reconocer, conmigo, que Renán entrevió, desde muy lejos, el panorama de horrores que contemplamos hoy sin experimentar, por cierto, grandes sacudidas de la sensibilidad, lo que demuestra nuestro largo y metódico aprendizaje en la barbarie. Renán atribuye á la ciencia el compromiso inexorable de multiplicar las fuerzas de que dispone el hombre para la afirmación victoriosa de su soberanía y el cálculo del gran pensador no ha marrado. Ahí está la realidad mostrándonos cómo la inventiva humana es incesante y inexhausta en el descubrimiento de los medios de matar y destruir todo cuanto existe. ¿Para qué? ¿Con qué altos fines? Cuando se piensa friamente en las guerras suscitadas por las diferencias religiosas, nos explicamos el que los hombres y los pueblos se destrozaran movidos por tan poderoso estímulo espiritual como la fe. En aquellas guerras los hombres creían ser instrumentos del cielo. Probablemente las minorías directoras obraban á espaldas de Dios, pensando únicamente en el dominio de lo temporal, pero las huestes, las masas creyentes precipitábanse en el fragor del combate obedeciendo á un resorte interior de estructura divina.

En nuestros días, aquel ideal ha debido ser sustituido por otro, el de patria, que aun en las épocas de paz se procura que arraigue en la sensibilidad humana para que, cuando estalle la guerra, posea cierta eficacia dinámica capaz de vencer á todos los egoismos que nos retienen en la vida. En la conflagración militar actual están frente á frente grandes concreciones de orgullo colectivo, disimuladas detrás del nombre de sentimiento patriótico. Dígase lo que se quiera por las cancillerías, hay que convenir, despojando al problema de toda caparazón hipócrita,

que Alemania lucha por germanizar el mundo, Inglaterra por no ver disminuido su radio de influencia moral y económica y Francia por su decoro histórico. De la guerra actual no puede salir, pongo por caso, una moral más piadosa que el cristianismo, ni más austera que la disciplina de conducta que han legado á los hombres Sócrates y Kant. El resultado será una rectificación de fronteras, un ensanche de la soberanía política de las naciones vencedoras y una invasión de mercados, previo, naturalmente, el desalojo del vencido. La paz vendrá, no por una rebeldía colectiva y unánime de la sensibilidad de los hombres contra el dolor y el horror de la guerra, sino por el cansancio y el agotamiento de los beligerantes.

Depuestas las armas, tampoco es de creer que el espíritu humano despierte en la región de la piedad fraternal. Cuanto hagan las religiones y las filosofías por favorecer la incubación de ese noble sentimiento, será vano. El hombre ha dejado de ser, ciertamente, un salvaje primitivo, para devenir un salvaje científico. La cultura viene á ser para el espíritu lo que la piedra de amolar para el cuchillo, y así vemos, hasta con admiración, cómo un país, Alemania, se ha resignado á ser algo intermedio entre el cuartel y la universidad, lo que equivale á afirmar la coexistencia, en el hombre, del doctor y el soldado. Se puede sostener, pues, que el progreso no va en la dirección de transformar el universo fuerza en el universo conciencia, lo cual valdría tanto como incorporar el planeta tierra á los dominios de la divinidad. No; la trayectoria del progreso podrá ser la opuesta, esto es, la de que vayan desapareciendo del infinito océano de la barbarie universal los islotes de conciencia que ha descubierto el hombre. El bien podrá ser, procedida del sentimiento ó venga de la reflexión, una virtud privada, como una moneda que usamos en el intercambio social, pero no será jamás una virtud colectiva capaz de influir, por su infiltración en la política, en los destinos de un pueblo.

Cuando sobrevega la paz se hará en el mundo un gran silencio; las almas se recogerán á llorar por sus muertos y parecerá entonces que la humanidad, avergonzada y contrita, reniega de su barbarie. No nos hagamos, sin embargo, ilusiones; ese silencio no será más que una manifestación del cansancio, del agotamiento. Al cabo del tiempo, una nueva explosión de barbarie universal pondrá en fuga todas las augustas mentiras que, sobre nuestra condición, hayan hecho circular los filósofos y los creyentes.

Biblioteca de Comunicación
i Hemeroteca General
MANUEL BUENO



Novios acompañados de la comitiva dirigiéndose á la iglesia flotante para celebrar sus desposorios y recibir la bendición nupcial

de cuarenta y ocho metros de largo por treinta y dos de ancho, el más monumental, el más bello de los muchos que establecen la comunicación de un lado á otro de la ciudad, sobre el río, y que decoran suntuosamente ocho grandes grupos escultóricos.

Vagamente recordaránse otros suntuosos edificios, el Reichstag entre ellos, que admira por sus colosales proporciones y por la severidad de su arquitectura, el Consistorio, el teatro Real de la Ópera y el de la Comedia.

Pero de todo ello, como de otras muchas cosas que sorprenden la vista del viajero que ansioso de gozar de un bello panorama se decide á hacer una excursión por el río en una de las ligeras embarcaciones que á este efecto pueden utilizarse, no conservará impresión tan grata

como de algunos de los cuadros de costumbres que se ofrecerán ante sus ojos, y que por su pintoresca novedad habrán de atraer su atención.

Hemos de referirnos aquí particularmente á los que de modo tan sugestivo reproducen las fotografías que ilustran estas páginas.

No obstante existir en Berlín más de sesenta iglesias evangélicas, amén de los templos y capillas católicas las necesidades de la vida de algunas extensas barriadas de las afueras han impuesto la novedad de los templos flotantes, instalados sobre grandes barcazas que no pueden confundirse con ninguna de las innumerables que surcan el río por el airoso campanario rematado en una cruz que las caracteriza.

A estos templos flotantes acuden los fieles del contorno, lo mismo para asistir á los oficios di-

vinos, á las pláticas y á las oraciones, que á todas las demás ceremonias propias del culto, y no es raro ver un grupo de muchachos de uno ó de otro sexo cruzar el puente que los pone en comunicación con la tierra, para recibir de manos del sacerdote el sacramento de la confirmación, como no lo es tampoco ver la comitiva de una boda, precediendo á los novios, que, después de recibir la bendición ante el altar, celebran con un almuerzo el fausto suceso en las propias dependencias del barco, que cuenta para estos efectos con local espacioso.

Es, sin duda, esto de las iglesias flotantes algo de lo que más sugestivamente ha de sorprender al viajero por su carácter raro, y de lo que más permanente recuerdo dejará en su memoria.

JUAN BALAGUER



El acto de la bendición de los contrayentes en la iglesia flotante sobre el río Spree



El campanero de la iglesia flotante llamando á los feligreses para que asistan á los oficios divinos

Biblioteca de Comunicación

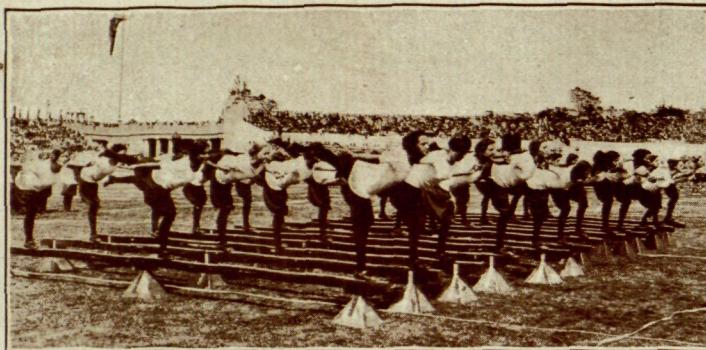
FOTS. TRAMPUS

LA GIMNASIA RÍTMICA

Las fiestas recientemente celebradas en el Instituto de Gimnasia Rítmica de Hellerau en Alemania, Instituto creado exclusivamente para practicar el sistema dalcrozieño, popularizado ya en toda Europa, han tenido una gran resonancia. En estas fiestas se interpretaron rítmicamente obras de Bach y de Beethoven, y canciones con gestos en las que la belleza de las líneas y de los movimientos, llegan al máximo de perfección.

La Gimnasia Rítmica según el sistema de Dalcroze, consiste en «regularizar los ritmos naturales del cuerpo humano y, gracias á su repetición frecuente, de la cual resulta automatización, crear en el cerebro imágenes rítmicas». Como sistema de educación de la voluntad es admirable, y su importancia para el desarrollo del sentido rítmico, musical y estético evidente, por las infinitas combinaciones, plásticas y armoniosas que pueden hacerse, combinando los cantos infantiles, con equilibrados y graciosos movimientos corporales, contribuyendo á la gracia y gallardía de los movimientos; constituye un recreo agradable, y es un descanso para el cerebro. Debería enseñarse en las escuelas, como se hace ya en Alemania, Francia, Inglaterra, Holanda y Suiza, á la vez que el canto coral (las notas deben aprenderse al mismo tiempo que el alfabeto), y hasta en los Conservatorios en las clases de canto y declamación, teniendo además un interés social y artístico, hasta para los directores de orquesta y de escena; pues contribuye, en este aspecto artístico, á la perfección de las interpretaciones y á la mejor comprensión del público educado, por el sistema del maestro suizo Jacques Dalcroze, el cual deriva hacia un fin no sólo de carácter pedagógico, higiénico y terapéutico, sino del más elevado arte, por sus anagnias con las danzas griegas de la antigüedad clásica. El arte de la danza, tiene que progresar considerablemente en virtud de las relaciones de los ritmos plásticos y de los ritmos sonoros, como consecuencia del método de Dalcroze, presentado, en su parte más noble y elevada por los más grandes genios de la Poesía y de la Música.

Para la educación de los niños anormales mentales (torpes, faltos de atención, idiotas, imbeciles) y físicos, (sordomudos) es definitivo. Ejercitando la atención, en estos últimos, por medio de la vista, se han obtenido resultados



sorprendentes, llegando á sentir la Música por la acción, estimulante del ritmo, desarrollando el sentido de la atención, y despertando otras facultades dormidas.

Tratándose de la afición á la Música, hay también muchos anormales por falta de una educación musical adecuada; pues algunos defectos orgánicos, llegan á corregirse por medio de la educación por el ritmo.

Hay que enseñar á los maestros, para que éstos enseñen á los niños, las diversas categorías de ejercicios, especializándoles. Las figuras deben moverse con perfección y desembarazo, formando un conjunto homogéneo, enseñando gradualmente su mecanismo técnico y pedagógico, empleando para ello ejemplos musicales apropiados, sencillos y claros, melódicos y rítmicos del mejor gusto artístico.

Esta enseñanza, que debe de ser colectiva, debe comenzarse á los cinco ó seis años, dedicando á ella media hora diaria. Desde los diez años, con tres horas semanales inteligentemente distribuidas es suficiente. Esto es lo que aconsejan personas tan conocedoras del sistema dalcrozieño, como el Sr. Llonguera, propagandista entusiasta de la Gimnasia Rítmica en Cataluña, de quien es este párrafo que extracto de una de sus interesantes conferencias leídas en Barcelona recientemente, que expresan con claridad en que consiste la educación por el ritmo.

«Los ejercicios que forman la base de esta educación—dice el Sr. Llonguera,—son de diversas categorías: los unos obligan á los músculos á ejecutar con precisión, en tiempo dado, las órdenes del cerebro, ya sean órdenes de movimiento ó bien órdenes de inhibición (parada ó in-

terrupción de movimiento); otros conducen á automatizar series de movimientos en sus encadenamientos múltiples; otros enseñan á aliar movimientos automáticos, con movimientos voluntarios de un orden contrario, algunos tienden á la eliminación en toda acción motriz de las inervaciones inútiles, y á provocar el equilibrio en las fuerzas musculares antagónicas; otros en fin, van á individualizar las sensaciones musculares, y á perfeccionar el sentido de las actitudes. Todos tienen por finalidad suprema, un crecimiento en la concentración psíquica, una organización clara de la economía física, un aumento de la personalidad y, á más, gra-

cias á una educación progresiva del sistema nervioso, un desarrollo de la sensibilidad en los sujetos insensibles, ó poco sensibles y, al contrario, una regularización de las relaciones nerviosas en los individuos hipersensibles y desordenados. Puede afirmarse con plena conciencia, que los niños sanos, sometidos á esta especial *educación por el ritmo*, llegan á ser, al cabo de tres ó cuatro años, sujetos rítmicos, esto es, desligados y desembarazados de todo defecto de orden nervioso ó muscular, que pueden entregarse á la plena libertad de sus movimientos, base de la moral de su desarrollo intelectual ó físico; sujetos en los cuales las funciones cerebrales y corporales, están plenamente armonizadas, y que, en consecuencia saben apreciar claramente, las relaciones de los movimientos en el tiempo y en el espacio.»

En Cataluña, que va siempre á la vanguardia de España en cuestiones artísticas y de cultura, se ha implantado este prodigioso sistema de la educación del niño, con el mejor resultado, habiéndose inaugurado también hace poco tiempo la primera Escuela-Bosque semejante á las Escuelas-jardines alemanas y norte-americanas.

La sociedad «El Arte en la Escuela» en periodo de organización, es la llamada á propagar y anunciar la implantación del sistema de Dalcroze, de extraordinaria sencillez, especialmente en aquella parte pedagógica, propia para la educación higiénica, terapéutica y artística del niño, preconizada por el profesor belga Demoor, difundiéndolo por medio de conferencias y ejercicios prácticos, en la Escuela y en el campo, este moderno método de educación por el ritmo.

ROGELIO VILLAR

La Librería de Rivas, en Málaga

Los que nada más ven en nuestras provincias, eso que se ha dado en llamar lo pintoresco y lo típico, casi siempre tan falso cual abominable y que solamente suele existir en la más fantasia de pintores y escritores adorantes de cajas de pasas, se quedarán sorprendidos de que en Málaga la bella y la bravía haya algo más transcendental que caras bonitas, vino y coplas, de que existan allí centros de cultura tan importantes como el que constituye la hermosa librería de Enrique Rivas, una de las mejores de España, é indiscutiblemente la mejor y más aparatosa de todo Andalucía.

Tenía que ser así. Enrique Rivas, después de haberse criado en Madrid, una sólida reputación como literato y como periodista, derro-

chando la cultura, el talento y el ingenio que posee en grado superlativo, sintió un buen día la nostalgia de su tierra y a Málaga se volvió en pleno triunfo. Pero su espíritu culto y estudioso no podía vivir fuera de su elemento, los libros y los periódicos, y su corazón generoso quiso contribuir á la difusión de la cultura en una tierra que, digase lo que se quiera, la ama y la desea, y para satisfacer ambos impulsos abrió su establecimiento con el lujo, el buen gusto y la maestría características en él, y que puede apreciar el lector por las adjuntas fotografías.

Cuántas producciones salen de las imprentas de España y del extranjero pueden hallarse allí.

Así se explica el éxito de la librería: la dirige un artista.



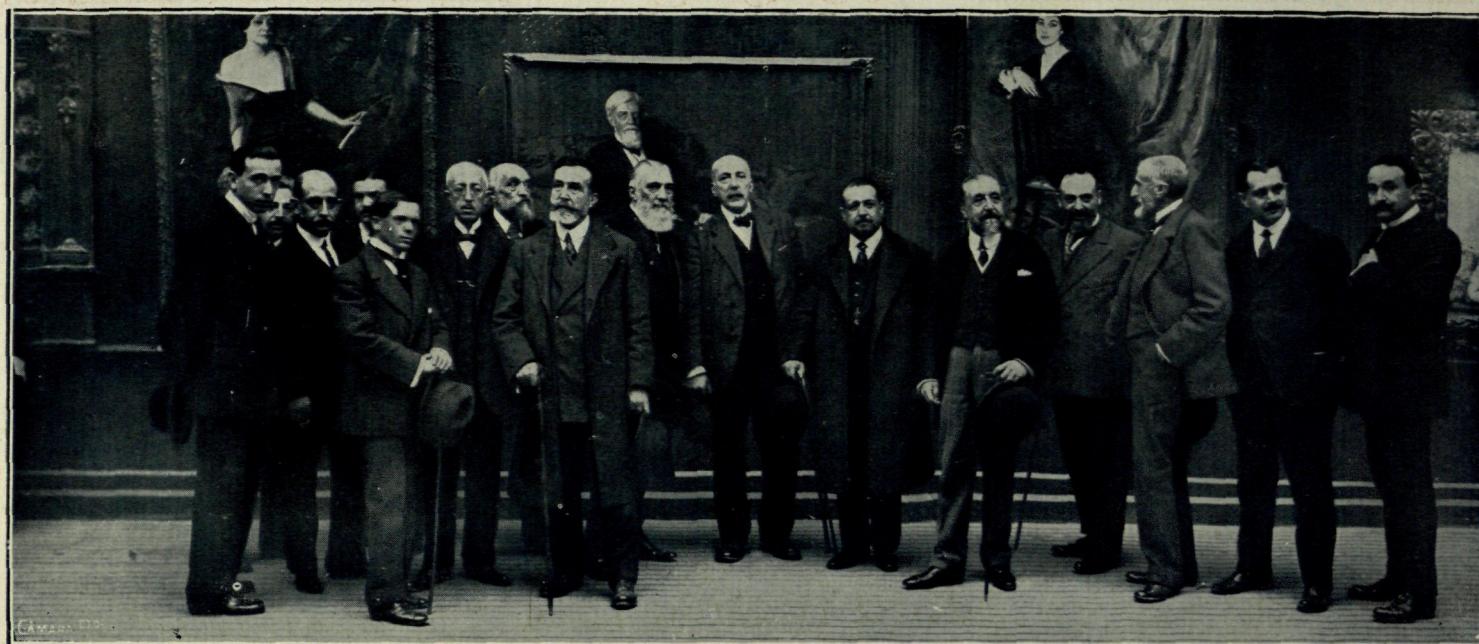
Exterior de la librería de Rivas, establecida en la calle de Larios



Vista interior de la librería

Biblioteca
i Hemeroteca General

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES



El ministro de Instrucción Pública, señor conde de Esteban Collantes; el director general, Sr. Poggio; el jefe de la sección de Bellas Artes del Ministerio, Sr. Pérez Nieva, el Sr. Saint-Aubin, y los miembros del Comité y del Jurado, Sres. Garrido, Repullés, Garnelo, Martínez Cubells, Flórez, Capuz, Huerta, López Otero, Ramírez y otras distinguidas personalidades

Con toda solemnidad se ha inaugurado la Exposición Nacional de Bellas Artes. En la serie de inquietudes y zozobras que acometen á los artistas durante estos certámenes, llegó la hora á la de la adjudicación de medallas; después vendrá la de adquisición de cuadros, y la concesión de bolsas de viaje; antes hubo las de la admisión y colocación de las obras.

La guerra hizo temer que tampoco ese año, se celebraría Exposición. Desde 1912 los artistas venían esperándola. Con los brazos cruzados muchos de ellos, porque los hay que sólo se preocupan de ejercer su arte, pensando en las medallas y en las consecuencias de esas medallas.

El nuevo Reglamento, tan flamante, ha sido discutido mucho. Tiene indudablemente defectos, que sus mismos autores se han apresurado á confesar, rogando al ministro las oportunas rectificaciones. Tiene también indudables ventajas, aunque á primera vista, en nuestra teoría de «los precedentes» les parezca á muchos, que lo del Comité, por ejemplo, antes dificulta que da facilidades á los preliminares de la Exposición.

Cosas de mayor transcendencia, se han dejado pasar sin protesta siendo preciso, como digo, que el mismo Comité, al ver comprobada su ineffectiva ó peligrosa acción en la realidad, se apresure á pedir que sean modificadas.

Una de ellas, la más importante, es la del nombramiento del Jurado calificador. Parece que al fin se llegará al más lógico de los sistemas de elección: el sorteo.

De este modo se evitarán espectáculos, como el bien reciente de una dimisión casi total, de los artistas votados para Jurados. No podía ser total porque algunos de ellos, venían preparándose la elección desde hace mucho tiempo. Precisamente á esta preparación, se debieron las legítimas protestas de los artistas.

El Comité comparte con el Jurado, según el Reglamento, la ingrata tarea de contentar á unos pocos, y descontentar á muchísimos. Es el encargado de la admisión de obras. Un criterio sano, justo y energético, ha presidido en este acto preliminar. Y más energético habría sido aun en otro país, donde las influencias políticas no lo tuvieron envenenado todo. No obstante este año es reducidísimo el número de obras mediocres. Además téngase en cuenta que bastantes de ellas, son de primeras ó segundas medallas, que según el Reglamento, están exentas del fallo preliminar del Comité.

La dimisión de todos los artistas elegidos para el Jurado, ha prolongado la intervención del Comité, puesto que han entrado á formar parte de los de Pintura y Escultura, algunos de sus miembros. Gracias á ello, ha existido una relación directa entre la admisión, distribución por salas y colocación.

Esto, si no se reforma el Reglamento, no volverá á repetirse, puesto que siendo distintas personas, las que constituyen respectivamente el Comité y el Jurado, distintas y aun opuestísimas pueden ser sus opiniones, y no existiría la necesidad unida de criterio.

El Jurado se compone de los siguientes señores:

Pintura.—Presidente, D. Antonio Garrido; secretario, D. Antonio Flórez; vocales, D. Enrique Martínez Cubells, D. Manuel Ramírez, D. Fernando Cabrera, D. Luis Menéndez Pidal y D. José Garnelo.

Escultura.—Presidente: D. José Esteban Lozano; secretario: D. Julio González Pola; vocales: D. José Capuz, D. Moisés Huerta, D. Manuel Castaños, D. Luciano Osté y D. Miguel Osle.

Arquitectura.—Presidente: D. Manuel Aníbal Alvarez; secretario, D. Modesto López Otero; vocales: D. Enrique María Repullés y Vargas, D. Antonio Flórez, D. Fernando Alvarez de Sotomayor, D. Miguel Blay y D. José Garnelo.

Presidente del Jurado en pleno: D. Enrique María Repullés y Vargas, y secretario general: D. Enrique Martínez Cubells.

Nombres hay en esta lista, que nos merecen una optimista confianza del fallo justo y certero. Veremos á ver si no nos equivocamos, ya que nuestro deseo sería celebrar la gestión del Jurado, como celebramos la del Comité.

Por pronto nunca han estado también instaladas las obras, en el absurdo palacete del Retiro, como este año. A la iniciativa del Sr. Flórez, se debe una sabia subdivisión de salas que, además de ganar no despreciable cantidad de metros de muro, donde colgar cuadros, dan á la Exposición un aspecto agradable, íntimo y recogido. La luz cruda de otros años, ha sido vencida con velarios ó toldos, que además dí una luz propicia á los cuadros, acortan considerablemente la altura de las paredes, con lo que las obras se ven mejor que otros años, y sin aquella agrupación más propia del almacén de un marchante, que de un artístico certamen. Idéntico criterio se ha seguido en el llamado Palacio de Cristal, destinado á las obras de Escultura y Arquitectura. Esta última sección aparece, además, por primera vez, separada de la Escultura y sin aquel aspecto de desamparo y desolación, que tenía en Exposiciones anteriores.

Hay también este año la novedad de las instalaciones particulares. Tanto los artistas que han solicitado el derecho á la medalla de honor, como los que no han considerado necesario ese trámite, pero cuyos prestigios y brillante historia les autorizan á ello, tienen salas especiales: son los Sres. Rusiñol, Domingo Marqués, Muñoz Degrain, López Mezquita, Bilbao, Romero de Torres y Benedito. Todos ellos presentan conjuntos admirables que iremos analizando oportunamente.

Hay, además, otras tres salas interesantes: la de extranjeros, la de grabado y dibujos—que en años anteriores se colgaban como por misericordia en la enorme sala de entrada—y una que podemos llamar de «independientes», en la que se han reunido obras muy laudables por su carácter rebelde y moderno.

La sección de Pintura es muy superior á la de Escultura y Arquitectura. No sólo—naturalmente—en el número de envíos, sino en el mérito de ellos. Comparada con las de dos Exposiciones anteriores, notamos una gran diferencia á favor de la Pintura y en contra de la Escultura y Arquitectura.

Como La ESFERA tiene el propósito de consagrarse desde ahora toda su atención á la Exposición Nacional de Bellas Artes, poco á poco iremos dando cuenta de todo y procuraremos que en nuestras páginas queden reflejados con serena y sincera imparcialidad de juicios todos los aspectos de esta importantísima manifestación artística.

Hemeroteca General

J. F.



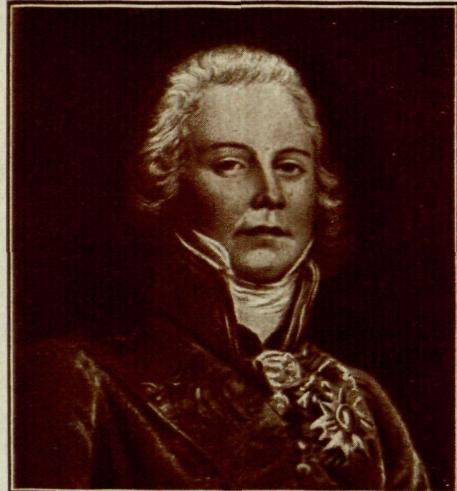
Aspecto de la sala central de la Exposición Nacional durante la colocación de obras
FOT. SALAZAR

GENIALIDADES DE HOMBRES CÉLEBRES

TALLEYRAND



JORGE III, DE INGLATERRA
(De una estampa de la época)



TALLEYRAND



CARLOTA, ESPOSA DE JORGE III
(De una estampa)

FUÉ un gran hombre. No cabe duda. No sé si nuestros diplomáticos tendrían que aprender algo del obispo de Autún, pero quizás la mayoría de nuestros políticos pudiera haberle enseñado mucho, de haber vivido en su tiempo y haber tenido las mismas ó más ocasiones de cambiar de casaca. Es el perfecto tipo de político profesional, del político de hoy.

Diputado en la Constituyente, ministro de Negocios Extranjeros bajo el Directorio, embajador de la Monarquía de Julio, y conspirador de entre tiempo bajo todo régimen en provecho del que



BARRAS
Grabado de Bonneville



GENERAL BONAPARTE
por Daird

había de advenir, sus apostasías y sus traiciones políticas son tantas como Poderes vió caer.

Entre las frases que se le atribuye, hay algunas muy profundas que le pintan de cuerpo entero, como estas: «En política no se muere más que para resucitar. Un juramento de fidelidad á un régimen, no es más que una confesión para volver á entrar en el espectáculo.» Lo sabía por propia experiencia: nadie como él ha prestado tanto juramento á gobiernos distintos y aun antagónicos. Nombrado obispo de Autún bajo Luis XVI, con cuantiosos beneficios, se pasa luego á la Revolución, menos por fervor de sus convicciones liberales, que por ilusión y deseo de medrar á costa del trastorno realizado y satisfacer así su desmedida ambición.

Más tarde dirige las relaciones exteriores, mientras Barras domina en el Directorio y se vale de su cargo para especular en el extranjero y amasar así una fortuna escandalosa por medios ilícitos. Caído en desgracia, se arrima á Bo-

naparte, y en todo momento, considerando una aberración el sentimiento de la dignidad, le prodiga las lisonjas y adulaciones más bajas y rasieras. El Corso desconfía con razón, pero le dá la dirección de su diplomacia. Cuando empieza á palidecer la estrella de Napoleón, Talleyrand le vuelve la espalda, y recabada su libertad de acción, maniobra por Luis XVIII en 1814 y en 1820 por Luis Felipe, porque él desconoce la constancia y la lealtad y desprecia los deberes de la probidad vulgar. Todo orgullo, no perdonó jamás al conde de Artois, convertido en Carlos X el tono seco con que le habló en 1818.

Pícaras e ingeniosas son la mayor parte de las frases de Talleyrand.

Siendo obispo de Autún y viéndose acosado por su cochero, al cual le debía no sé cuantos meses de salario, le dijo un día: —¡Ah! ¿Con que sois mi cochero? ¿Y qué queréis?

—Que se me pague, monseñor—contestó el pobre diablo.

—¡Ah! ¿Con que sois mi cochero y queréis que se os pague? Se os pagará, mi cochero.

—¿Y cuándo, monseñor?

—¡Hum! Sois demasiado curioso.

encontraba fórmulas ingeniosas, para hacer la corte.

Este hombre tan perspicaz, dejó de serlo una vez: al introducir en su vida á madame Grand, esposa de un humilde funcionario, á quien envió, después de divorciarle, á vegetar á las Indias. Fué bajo el Consulado. Refugiada en el Ministerio de Negocios Extranjeros, huyendo de la policía que la perseguía como sospechosa, pareció bonita y amable á Talleyrand, y no la dejó salir ya de su refugio.

Napoleón le obligó á casarse con ella, y como



CARLOS X
por Gérard



LUIS FELIPE I
por Winterhalter

era muy estúpida, su esposo emitió este aforismo:

«Un hombre de espíritu debe casarse con una necia, porque las tonterías de la necia, no comprometen más que á su autora, mientras que las tonterías de una mujer inteligente, comprometen al marido».

Del mismo modo que bajo el Imperio se vió obligado á casarse, fué obligado bajo la Restauración á divorciarse de su fastidiosa compañera. Se las compuso muy bien. Donó una tierra á madame Grand, con la condición de que no solviese más á París. Como ella infringiese esta cláusula, y Luis XVIII se lamentase á su ministro, Talleyrand le replicó ingeniosamente, aunque con vistas á la socarrería:

«¿Qué queréis, Sire? Era preciso que yo, también yo, tuviese mi 20 de Marzo», dijo sonriente.

Esto ocurría algunos meses después de la vuelta de Napoleón, de la isla de Celba.

E. GONZÁLEZ FIOL



CHATEAUBRIAND
(De un grabado de Girodet)

Y sin añadir una palabra, se instaló cómodamente en su carroza.

Nadie como él supo vengar las injurias ó los deseares cuando no tenía interés en olvidarlos. Enviado en misión extraordinaria á Londres, en 1792, el rey Jorge le recibió friamente y la reina le volvió desdénosamente la espalda.

«Ha hecho bien—exclamó á su vez el enviado—porque Su Majestad es muy fea.»

Y al revés, sobresalía en el arte de halagar y



LUIS XVI



Biblioteca de Comunicación
i Hemeroteca General
LUIS XVIII



Soldados ingleses atravesando un pueblo belga destruido por la artillería alemana

MAL CONSEJERO, EL ODIO

Por toda la prensa ha corrido la noticia de que un poeta—¿poeta?—alemán había compuesto el canto del odio á Inglaterra, y en muchos de los libros que se han publicado y siguen publicándose sobre la actual guerra puede verse cómo uno de los factores de la educación militar alemana era el cultivo del odio al enemigo. Hay que rejuntar rabia, como quien dice.

El odio es, naturalmente, la base del sistema ofensivo ó agresivo. El que se defiende, por el contrario, puede pelear sin odio.

¿Pero es eficaz el odio para aquello mismo que se propone?

Nuestro Séneca, hace ya cerca de veinte siglos, que en el párrafo 11 del libro I de su tratado *De Ira*, escribía esto: «¿Qué hay nada más valiente que los germanos? ¿Qué más recio para el ataque? ¿Qué más deseo de las armas? En éstas nacen y se crían, y ellas son su único cuidado, descuidándose de lo demás. ¿Quiénes más duros para todo aguante? Como que en gran parte no se abrigan el cuerpo, ni se procuran refugio contra el perpicio rigor del cielo. Y, sin embargo, los hispanos, los galos y hasta los hombres flojos para la guerra, de Asia y Siria, antes que aparezca legión alguna, los derrotan por no otra cosa, sino que les entrega á ellos la iracundia.»

Ob nullam aliam rem opportunos quam iracundia.

Este precioso pasaje de nuestro filósofo cordobés, que se me había pasado por alto en la lectura que no ha mucho—pero bastante antes de empezar la guerra—hice de sus obras, me lo ha recordado un libro francés, de P. Saintyves *Les Responsabilités de l'Alemagne dans la guerre de 1914* que acabo de leer. En el cual libro se pone de manifiesto las doctrinas del Estado Mayor alemán sobre la implacabilidad de la guerra, ó si se quiere su humanidad. Porque esos tremendo sofistas del militarismo de cátedra sostienen que una guerra cuanto más implacable y dura es más humanitaria, porque así se le obliga antes al enemigo á pedir la paz, y la guerra se acaba más pronto. ¡Claro está!, para el que tiene interés en que la guerra se acabe pronto, porque no puede prolongarla mucho tiempo sin llegar á la derrota, lo humanitario es hacer en un mes el daño que habría de hacerse en un año. La lógica es incontrovertible.

Cuéntase que hace unos años el general von der Goltz, uno de los más eminentes catedráticos de barbarie militar con que Alemania cuenta, fué presentado al Rey Alejandro de Servia. La noche de la recepción rodearonle jóvenes oficiales servios preguntándole detalles sobre la organización del ejército turco. Y parece que les dijo: «Los turcos tienen mucho mejores principios de lo que se cree. Dije un día á uno de sus generales cuanto me sorprendía el que con un ejército relativamente débil hubieran podido en otro tiempo conseguir victorias sobre pueblos cristianos valientes y bien armados y ha-

cer temblar hasta á Hungría. Y he aquí, lo que me respondió:—Es el que el Sultán tenía antaño por principio absoluto, que era menester á toda costa sembrar el terror en el país enemigo. Y por ello no perdonaba, sistemáticamente, ni á las mujeres, ni á los niños, de modo que su reputación de ferocidad helara de terror, de antemano, al país que invadían.» Y el barón von der Goltz concluyó: No es mal sistema.

Dicen que los turcos son un pueblo pacífico y tranquilo, y Pierre Loti, que parece va ahora como marino de guerra francés, contra ellos, les atribuye dulzura de costumbres. Sí, vamos, como los niños. Porque también los niños son pacíficos, tranquilos y dulces, hasta que entran en furor y exceden en crueldad á los mayores. Lloran la muerte de un perro y le sacan los ojos con un alfiler á un gorrión para divertirse. Y es que la ferocidad cruel se alía muy bien con una cierta sentimentalidad vaga. Un hombre puede muy bien llorar lágrimas de cerveza al oír cantar un *Lied* sentimental y divertirse luego en ver correr sangre belga.

Lecky, el historiador de la moral europea, oponía el romano antiguo, duro y generoso, á sus descendientes de los siglos medios, fieros y crueles. Y es que la crueldad no es cosa de los hombres duros, sino de los hombres blandos que, sintiendo su blandura, quieren defendérse de ella. Las feroces fórmulas de un Nietzsche, pongamos por caso, se explican por proceder de un enfermo, de un hombre débil, que predicaba lo que le faltaba más. Es como un eunuco que para ocultar su eunuchía se dedicase á predicar la luxuria y á esparrir sentencias de lubricidad.

La lectura de otro libro, el de Pierre Nothomb, *Les Barbares en Belgique*, con una carta prefacio de M. H. Carton de Wiart, ministro de

Justicia de Bélgica, pone espanto y lástima en el corazón. Pero lástima no de Bélgica precisamente, sino de los autores de las ferocísimas atrocidades que allí se narra. ¡Pobres hombres!

Pobres hombres, sí, los que creen en la eficacia de ese sistema de intimidación, en la eficacia de las matanzas preventivas.

No pocos hemos hablado de pedantería, de barbarie, de afectación de ella, pero hay que convenir que quien no se sienta, allá en su fondo, bárbaro, mal puede afectar serlo. No le resultaría. Y mal puede fingir iracundia y odio el que no sea iracundioso y colérico.

Se habla ahora del *furor teutonicus* como en un tiempo se hablaba del *furor gallicus*. Pero ese furor sospechamos que, á la corta ó la larga, no sirve más que para lo que decía Séneca, para entregarle á uno á su enemigo no por otra cosa que por la ira, *ob nullam aliam rem opportunos quam iracundia*.

Tratar de encenderse en ira, en odio, para acometer al adversario es como emborracharse para defenderte del frío en una noche de hielo. Es sabido que el alcohol, en definitiva, más roba calor que lo da, y que en esa noche, antes se helará el borracho que el que no bebió más que agua. El odio es mal resorte porque se roña pronto. Así como el amor con el ejercicio se acrecienta, el odio se amengua y embota. Cuando para odiar á alguien le estudiamos y le tenemos siempre delante de la vista interior, cada vez le odiamos menos. Y ocurre, no pocas veces, que acabamos admirándole, lo que es una manera de amarle. Es más, no ya acabamos admirándole sino que empezamos por admirarle. Como que el odio no suele ser sino una forma de la envidia y ésta una forma de la admiración. Y si es cierto, como se dice, que en Alemania se odiá á Inglaterra, eso no quiere decir sino que en Alemania se envidia y se admira á Inglaterra.

El sistema otomano del terror, que emplearon los turcos en su invasión de Bélgica, ya se ve que no les ha dado el resultado que deseaban y el que habían previsto—lo preveían todo!—los catedráticos oficiales de la barbarie militar sistematizada. Ahora falta ver si les da mejor resultado otros procedimientos.

Pero para recurso final queda siempre aquello que, en su *Así habló Zarafustra*, decía Nietzsche: «¡Debéis buscar á vuestro enemigo y hacer vuestra guerra, una guerra por vuestro pensamiento! Y si vuestro pensamiento sucumbe, vuestra lealtad debe, sin embargo, cantar victoria.» ¡Admirable consejo! Consejo á que han solido atenerse, en nuestras guerras civiles, nuestros turco-ibéricos, admiradores hoy de los sistemas germánicos, los cuales habían sido muchas veces vencidos, pero jamás se han conseguido tales, sino que desde los pies del adversario cantaban victoria. Y es que siempre queda como recurso y consuelo eso que se llama el triunfo moral.

MIGUEL DE UNAMUNO



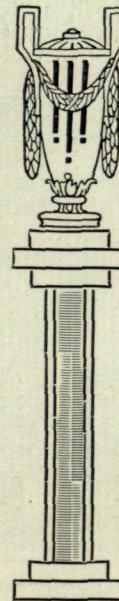
EL GENERAL ALEMÁN VON DER GOLTZ



FOT. HUGELMANN

CANTO A LA VIDA

Como la sangre corre por las venas y pulsa en el cerebro y, en los párpados cerrados á la luz, pone un vendaje de púrpura, la savia hoy se remoza en la tierra olorosa á vida y corre por los tallos que tiemblan al eflujo como al hálito tibio del esposo tiembla la virgen desposada: ¡Oh, Vida: oh, vida eterna, vida renovada que haces brotar capullos de las cendras y de las larvas! ¡Milagroso germen del mundo, que no acaba, como arillo que comienza en igual punto que acaba y vuelve sobre sí por ser eterno! ¡Vida, tienes rumor de enjambre y ruidos de frondas y trinar de golondrinas bajo el alero familiar!... Restallas como un leño encendido: Antorcha eterna que sólo muere cuando da su lumbre al cáñamo trenzado de otra antorcha: Semilla de milagro que en el surco se oculta, por surgir al sol de nuevo, multiplicada en el engarce de oro de la espiga... Renaces de tus propias cenizas como el fénix: Nunca acabas porque no comenzaste: Eres eterna y haces que sepa codiciarte el noble espíritu con sed de tu infinita



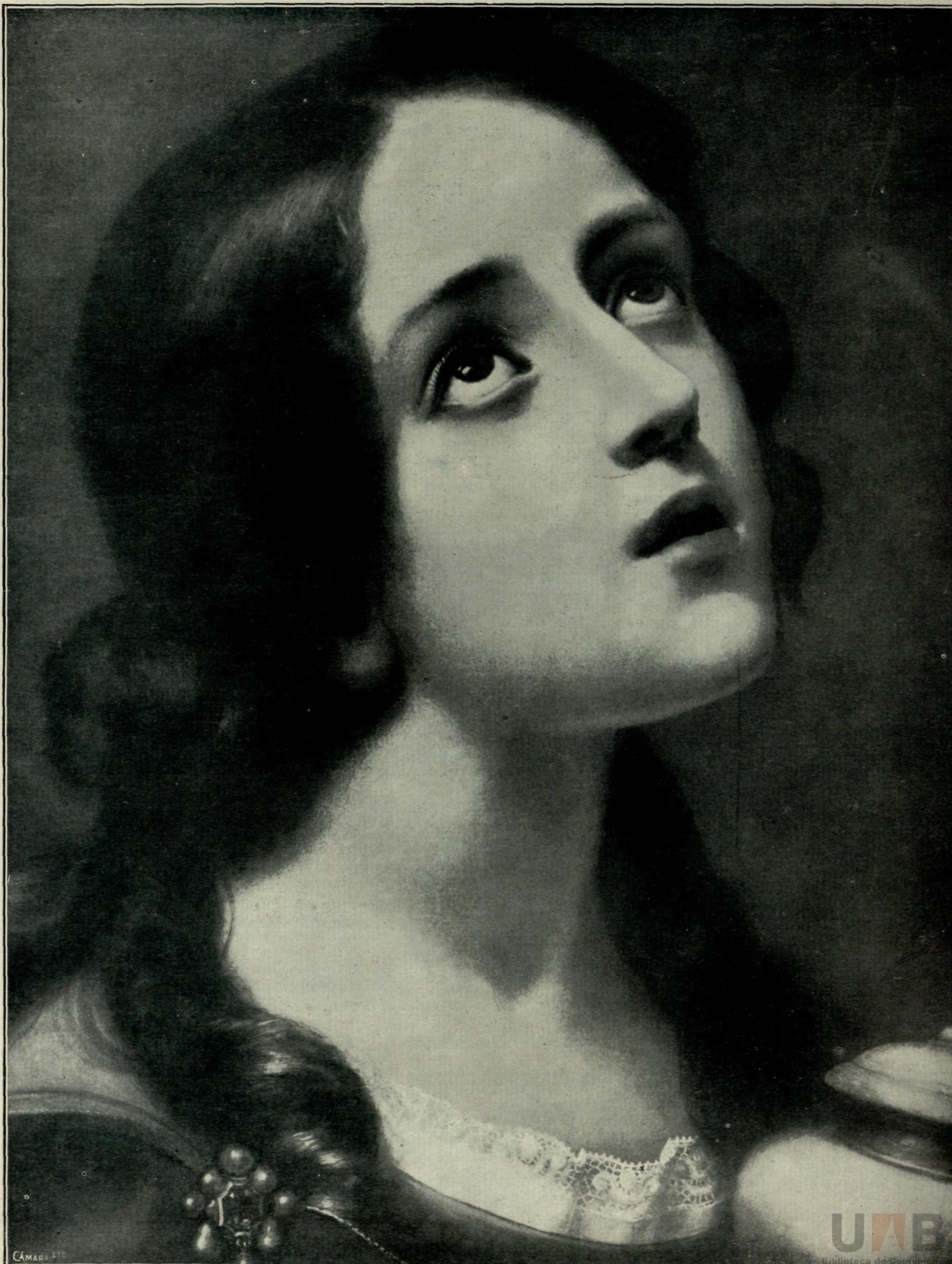
fontela, y haces cosa codiciada de la Muerte que siega con hoz de oro porque renuevas lo que está marchito... Vida, Vida: Te siento como un hálito en mis arterias, en mis sienes: Siento tu aliento de tritón humeando espuma y limo el beijo: Siento que recorres mi cuerpo cual los dedos apolíneos al recorrer las cuerdas de la lira: Siento hinchada de vida mi alma, al modo de las velas latinas de un navío que se combaten al aire, y son cual senos de una madre que diera el vital jugo: Siento que va hacia tí, rauda, mi numen á poseerte, como la ballesta aseta su venablos, tenso el nervio que rige el sagitario, y que se clava en el trémulo flanco de una cérata. De tí ha nacido el mundo y á él te entregas como amada, lo mismo que los dioses que hacían rito del incesto... ¡Oh, Vida; oh, vida eterna, vida renovada que haces nacer capullos de las cendras y de las larvas: Milagroso anillo que vuelve sobre sí por ser eterno!... ¡Oh, tú, infinita!

JAB
Biblioteca de Comunicación
i Hemeroteca General

José CAMINO NESSI

LA ESFERA

LAS JOYAS DE LA PINTURA



Fragmento del cuadro "La Magdalena", de Carlos Dolci, existente en el Museo de Florencia

UAB
Biblioteca de Comunicación
I Hemeroteca General

LA ESFERA

CUADROS ESPAÑOLES



LA PAVERA, por E. Sanz Sanz

BIBLIOTECA
UNIVERSITAT
DE BARCELONA

Biblioteca de Gomarica

Hemeroteca General

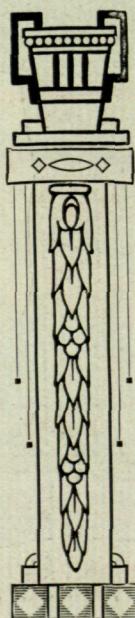


EL SUEÑO DE LAS HADAS

Van pasando las hadas en procesión celeste...
 La niña se ha dormido. El buen viejo Arcipreste
 sisea los latines del mugriento breviario.
 Atisba el gato, inmóvil, en la jaula al canario
 que, mudo y triste, tiembla. El vendaval azota
 los cristales, y un vaho, que por la estancia flota,
 anuncia al Arcipreste que la cena se guisa
 y le hace, el olerlo, querece más aprisa:
 —Por todos mis difuntos; porque tornen al bien
 las almas descarriadas... Y se santigua. Amén.

Entra el ama y pregunta: —¿Cenamos?, es la hora...
 La niña se despierta sobresaltada y llora.
 —No sea entrometida, guise bien lo que guise
 y espere á que su amo téngalo á bien y avise.
 —¡El señor disímule!...

—Aguarde en la cocina.
 Y, al retirarse el ama, mirando á su sobrina
 sin pestañear, pregunta, dulcemente: —¿Qué pasa
 para que vierta lágrimas el ángel de la casa?...
 La niña no responde. —Niña, ¿quieres hablar?
 —Es que... soñaba...
 —¿Un sueño?... ¿Me lo quieres contar?



—Pues... eran unas hadas, gentiles y graciosas,
 de blondas cabelleras y alas de mariposas,
 precedidas de un grupo de ondinas y de húrfes
 enjoadadas con perlas, zafiros y rubies
 que, con jhurras! y cánticos de delfico coro,
 me llevaban en una triunfal carroza de oro...
 Cruzamos rápidamente por un valle florido...
 En el fondo, un Castillo señorial escondido...
 A las puertas, guerreros, esclavos, trovadores,
 que rendían las armas y me arrojaban flores...
 Una dama hechicera me recogió la cola,
 me condujo á una estancia regia y me dejó sola.
 De pronto vi un mancebo gallardo y muy travieso
 que tras de mí corría... ¡queriendo darme un-beso!...
 ¡Yo, sola, en el encierro de un Castillo Encantado!...
 Y el buen viejo interrumpe y dice: —¿Te ha besado
 tu primo?... No lo niegues... ¡Dímelo en confesión!
 La niña, arrodillándose: —Perdón, tío, perdón!...

EJEMPLAR DE MOYA DEL PINO

Félix CUQUERELLA
 Biblioteca de Comunicació
 i Hemeroteca General

UAB

FRAGMENTO DE UNA CARTA

CÓMO ES BULGARIA

Un lector de «Mundo Gráfico» y de LA ESFERA en el Uruguay—no se diga en este caso que á luengas tierras, luengas mentiras—me escribe un poco enojado. «Qué lástima me dice—que su pluma no sea optimista! Es usted un encarnizado sembrador de pesimismo. Aquí nos dá tristeza leerle. Todas las naciones tienen defectos, pero los escritores patriotas deben encubrirlos y aun defenderlos... Ahí tiene usted, dándoselas de pueblo europeo, y hombreándose con Alemania y con Inglaterra y con Francia, influyendo en los destinos de Europa, á una nación como Bulgaria, cuyas cruelezas en la guerra balkánica recordará usted, una nación muy inferior á España, una nación semibárbara...). Quiero interrumpir esta comparación, á la que creo incluida entre las que la vulgaridad declara odiosas, y por eso recojo solamente este fragmento de la carta. Y ahora, oyeme, lector.

Para quienes por curiosidad ó necesidad del oficio, seguimos lo más de cerca que podemos, el desenvolvimiento de las ideas y los hechos en Europa, es frecuente la sorpresa de encontrar olvidado el nombre de España, especialmente en los estudios estadísticos, mientras que en ellos se recogen y comparan los datos y las cifras de Dinamarca, de Suiza, de Grecia, de Rumanía y aun de Servia misma, y no se diga de Suecia y Noruega, países todos á los que la generalidad de los españoles cree más pobres, más incultos, más atrasados que España. Cito un hecho que cualquier lector de libros y revistas extranjeros, habrá comprobado. En cambio de este desconocimiento sistemático á que Europa nos tiene condenados, confesemos que los españoles tenemos de esos otros países, la tenue remembranza que nos quede de las breves nocións que mal aprendimos en el primer año del bachillerato, confundida con el vago recuerdo de algún que otro fragmento de periódico.

Así, mi lector del Uruguay, español expatriado, puede sentir el orgullo relativo de que no es España el más desgraciado trozo de Europa. Por lo que toca á Bulgaria, cruel, bárbara, inculta, mi lector no tiene razón. Diría yo, forzado á estas comparaciones, que hay un dejo de semejanza, de hermandad entre ambos pueblos. Ambos fueron sometidos por el Islám y ambos han mantenido una penosa, cruenta y larga guerra de reconquista, que dura siglos. España venció más pronto, descubrió América, se sintió titán, subió á la cumbre, quiso escalar el cielo y luego, este lento e inexorable descender que no acaba... Bulgaria se reconstituyó ayer, como quien dice; en 1879, como Principado de Tirnovo, todavía esclavo, con dos dogales, uno turco y otro ruso. La paz de San Estéfano, no logra hacer olvidar las tremendas matanzas de Sofía; hasta las más escarpadas montañas llega la mancha de sangre. En 1895, puede hablar, en verdad, de plena independencia. Pero, en trece siglos, la raza no se contamina con la sangre impura del invasor. Arabia no logra inocular allí su espíritu fatalista, su molicie mental, sus ensueños sensuales, sus ojos abismales, sus cabelleras negras... En busca de paz, llega allí también, como llegó á España, la inmigración hebrea y tampoco los judíos, ni por la abdicación de su fe, ni por la sugestión de su oro, infician la sangre búlgara... (Cabelleras rubias y ojos azules, sangre pura de la avalancha bárbara, que destruyó la corrompida Europa romana, se conservan inmaculados á través de trece siglos de esclavitud!) Ha realizado esta obra admirable, no la fe religiosa ni el instinto de raza, sino algo que nuestra retórica civilizada, mira con menoscopo: el espíritu de tribu; en la ciudad, en la aldea, en los picachos montaraces las familias viven congregadas en derredor de la casa del *stareschino*; anciano, patriarca, juez, sacerdote, profeta, hay que buscar su progenie y su semejanza, en las viejas historias: es Abraham, es Jacob, es Josué; así, la tradición y el presente y el porvenir, forman un muro de ideales, que defienden la familia de la intromisión extranjera, y la familia, á su vez, tiene un sentido de cohesión, de fuerza, de perdurableidad que desafía y rinde á los siglos y á la nación tirana.

Así, cuando Bulgaria logra constituirse en reino independiente, bajo el primer príncipe extranjero que las potencias quieren darle, surge con una asombrosa fuerza interior, que estaba contenida y retenida en los núcleos familiares, que anudaban los *stareschinos*. En la esclavitud fué la familia refugio espiritual, escuela de trabajo y de libertad, y así la tolerancia religiosa, no es problema para sus legisladores. Conviven los cismáticos ortodoxos, que constituyen la mayoría del pueblo con los armenios gregorianos, los católicos, los protestantes, los mahometanos y los judíos, de los cuales 36.000 descienden de

España. Hay templos, seminarios y escuelas de todas estas religiones; hay exarcas, obispos, rabinos, pastores y cada cual atiende á su fe, sin preocuparse de la ajena. Un día el rey Fernando de Sajonia Coburgo, coge á su hijo el príncipe Boris, que recién nacido había sido bautizado en la religión católica, y lo rebautizó con el rito cismático griego, creyendo halagar la fe de la mayoría de su pueblo. El Papa lo excomulgó. En las cancillerías protestantes de Londres y Berlín; en la cismática de Rusia, en las medianamente católicas de París y Roma, hay estupor, asombro, cambio de notas; la gran prensa mundial, escribe artículos solemnes sobre el equilibrio balkánico, sobre la lucha perdurable entre el Vaticano y el Santo Sínodo... ¿Y Bulgaria, entre tanto? ¡Ah! Bulgaria se encoge de hombros. ¡Allá el Monarca con su conciencia! ¡Allá el padre y el hijo con la sinceridad de su fe!

Un gobernante, Stambulow, muy parecido, en la vida y en la muerte, á nuestro Cánovas del Castillo, dominador de las revueltas políticas que desde 1876, se parecen mucho á las españolas del siglo pasado, tiene un alarde de tiranía del poder civil, sobre todas aquellas congregaciones confesionales: impone en sus seminarios y escuelas de niños, la enseñanza teórica y práctica de la agricultura. Sean ustedes, —les dijo, — todo lo gregoriano, todo lo ortodoxo, todo lo anglicano, todo lo mahometano que quieran, pero aprendan á labrar la tierra, que al cabo, todas las religiones coinciden, en que este es un medio eficaz para ganar el cielo.

Y la tierra búlgara dió frutos de bendición. Aquel suelo de montañas rocosas, muy parecido al suelo español, no puede ser cultivado en más de un cuarenta por ciento de su extensión. ¡Un poco más que en España! Pero ese cuarenta por ciento, pertenece enteramente en plena propiedad á la población rural. La antigua organización de familias agrupadas en derredor del *stareschino*, mantuvo la subdivisión de la tierra e impidió el latifundio. ¡Un poco mejor que en España! Así, á pesar de las matanzas turcas, de las guerras y de la pobreza del suelo, Bulgaria mantiene un promedio de población de 42 habitantes por kilómetro cuadrado. España sólo tiene 35.

Hemos aquí ante este pueblo bárbaro, que practica la libertad religiosa, y es dueño de la tierra que lo sustenta. Sus escuelas de niños, las del Estado y las que libremente instalan todas las religiones, tienen campo de experimentación. Los niños búlgaros aprenden viticultura, sericultura, apicultura y fruticultura, aunque vivan en la ciudad y sus padres piensen dedicarlos á estudios literarios ó científicos. Para el maestro búlgaro, sólo otra asignatura tiene mayor importancia que esas especializaciones agrícolas, y esta asignatura se llama: *Enseñanza cívica y conocimiento de la Patria*. En las Normales los maestros búlgaros estudian Antropología antes que Pedagogía y luego Fisiología e Higiene, y no pareciendo esto bastante, el Ministerio de Instrucción Pública, tiene dos escalafones para la primera enseñanza: uno de maestros pedagogos, otro de institutores médicos. Cuando Amalio Jimeno pasó por nuestro Ministerio de Instrucción Pública, y habló de crear la inspección médica en las Escuelas españolas, hubo periódico que le acusó de inventar ese artificio, para dar desfíos á unos cuantos cofrades en Escalapio. ¡Y entonces era ya cosa vieja en Bulgaria, no la inspección médica en las Escuelas, sino la colaboración diaria, permanente del médico y del maestro en la formación del ciudadano!

He aquí otro detalle de cultura. Todo Ayuntamiento búlgaro está obligado á mantener, aun en las más pequeñas aldeas, una sala pública de lectura y escuelas nocturnas de trabajos manuales para adultos y para mujeres. Así, pasan de mil las Bibliotecas municipales.

Hay en Bulgaria un teatro nacional, costeado y administrado por el Estado, cuyas utilidades se invierten, ¡qué locura de bárbaros! en pagar, premiar y sustentar á los poetas, á los novelistas, á los actores que están creando una literatura búlgara, que no existía, sino en la he-



FERNANDO I
Rey de Bulgaria

LA ESFERA

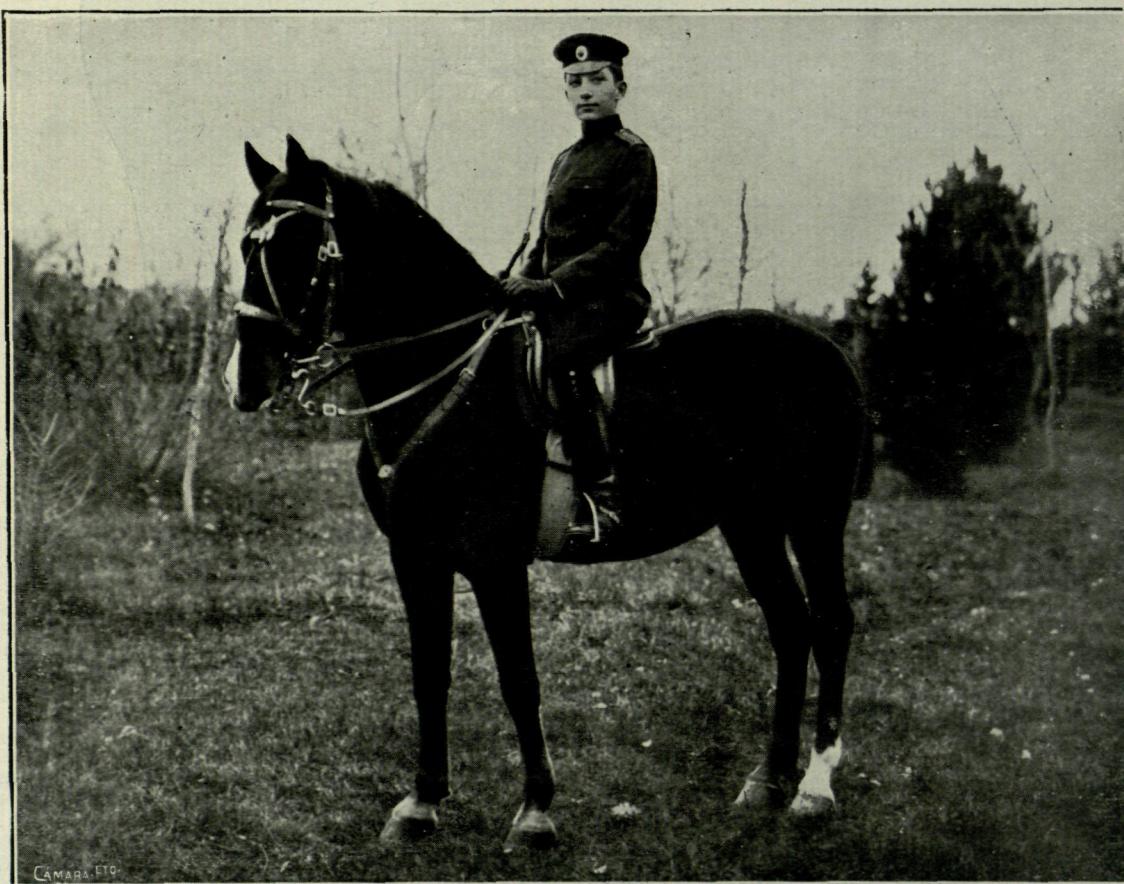
mosa raigambre del cancionero y romancero popular.

Y he aquí, ahora, cómo la difusión de esta cultura, con definido carácter nacional y utilitario, crea la realidad de una vida próspera que puede mirar valientemente á los azares y dolores de la guerra. Hay un banco nacional, como el de aquí, remanso de la riqueza pública, con sus billetes y sus cuentas corrientes y sus toma y daca con el Gobierno, pero en Bulgaria este banco, es el tronco fuerte que sostiene dos brazos poderosos: el Banco Agrícola y el Banco de Exportación. El Banco Agrícola sostiene á 120 bancos agrícolas, independientes, esparcidos por todo el territorio, los que á su vez acúan sobre 651 cajas Raiffesin, que hacen llegar el dinero á manos de los labradores más pobres, al mismo tiempo que el Ministerio de Comercio y Agricultura —porque aquellos bárbaros se permiten hasta el lujo de tener un ministerio para ambas bagatelas— reparte cada año gratuitamente, cuanta semilla se le pide de tabaco, de algodón, de rosales y de árboles. Y todavía aquel Estado, que nace en un supremo esfuerzo de energía, y al que constantemente han estado amenazando las guerras, encuentra medios de iniciar su vida industrial poniendo en manos del Banco de exportación e importación el regulador de los transportes, porque los 1.600 kilómetros de ferrocarril que cruzan el territorio, pertenecen entera y libremente al Estado. Y es que Bulgaria sabe demasiado bien cuán amarga es la tiranía extranjera, para que libre de cadenas de hierro, se sujetara los eslabones de oro de la intromisión financiera del capital extranjero.

Así, su industria se inicia y desenvuelve lentamente, pero aun no habiendo llegado á abastecer el mercado interior, tiene una legislación obrera muy anterior á la que existe en España; regulación de la jornada y del salario; contrato de servi-



Jóvenes búlgaros, con los trajes típicos del país



El príncipe Boris, heredero del Trono de Bulgaria

cios manuales; tribunales industriales; limitaciones del trabajo de la mujer y del niño; seguro obrero sobre accidentes, sobre paro y sobre la vejez... La más moderna de esas leyes búlgaras lleva la fecha de 1893, cuando en España empezábamos á querer crear el Instituto de Reformas Sociales...

Libres de la esclavitud extranjera, tantos siglos padecida; recluida la fe en la conciencia de cada ciudadano y en el hogar de cada familia; salvos de la socalina financiera del oro extranjero, los búlgaros han sabido darse una organización política que hace ya imposibles las pasadas confiendas, las antiguas conspiraciones, las luchas enconadas.

La sangre de Stambulow fué como una redención. Hoy, las provincias eligen su propio gobernador, que asistido de un concejo de cinco notables, designados también por sufragio directo, mantiene el espíritu familiar encarnado en la institución del *stareschino*. ¡Las provincias búlgaras no saben lo que es un gobernador á la española; un gobernador que impone sobre las ciudades y las aldeas la ciega férula del poder central! En cada región hay un jefe militar, un administrador de hacienda, un rector de estudios, un magistrado que vigila á jueces y policías..., pero gobernador, no. Bulgaria no ha llegado aún á nuestro estupendo progreso.

Lector mío del Uruguay, que tan fácilmente has creído esa leyenda de la barbarie búlgara, como ahora se pregoná á los cuatro vientos la barbarie teutona, y se habla muy seriamente de guerra humana y aun de guerra misericordiosa: yo no estuve en los Balcanes y no sé si los búlgaros realizaron las atrocidades crueles de que se les acusó, como no sé si eran ciertos los alegatos de la prensa yanqui y francesa contra la conducta de nuestros soldados en Cuba. Eso no tiene nada que ver con el pesimismo mío y el de otros muchos escritores españoles. Yo sé solamente que los que hemos perdido toda fe en este país dormido y atrofiado, somos los únicos patriotas sinceros que aquí hay. Para los demás, la patria es una palabra; para nosotros, un dolor que nos atenaza...

Dionisio Pérez



Grupo de aldeanos búlgaros

POTS. CHUSSEAU-FLAVIENS

CUENTOS ESPAÑOLES
EN SILENCIO

Doña Carmela es ya vieja. Pero sus ojos son claros y tranquilos, y su rostro conserva una suavidad casi infantil. No murmura, no gruñe, no viste con lamentables maneras anticuadas, no es supersticiosa ni agorera; antes bien, gusta de la gente joven, y aún sabe decir amenas ironías sin que por ello pierda la noble gravedad de su ademán sencillo y cordial.

Como lleva constantemente ropas negras, su figura—ya muy esbelta y fina—se agiliza tanto que parece de una genitil adolescente. La oír hablar, y os encanta no sólo su voz que es vibrante y flexible—aunque un poco fatigada—, sino la extrema claridad de las ideas, afinadas siempre, y siempre húmedas de cariñosa indulgencia.

Todos la queremos con mucha devoción, y es una fiesta para el espíritu la tertulia que doña Carmela suele tener en su casa las tardes de domingo. El salón está adornado con sobriedad exquisita, y como la casa se halla en pleno campo, no lejos de la villa, la quietud es propicia para las horas de charla serena ó de música emocionante y evocadora. Hay en las paredes grabados antiguos, y junto á una vieja cítara—(¿quién conoce la historia de las manos artistas que un día la pulsaron soñadoramente?...)—hay un auténtico cartón de Leonardo, heredado por doña Carmela de un su pariente que vivió en Florencia. En un ángulo, entre dos bronces que copian la gracia robusta de unos atletas de Políclito, el piano negro nos ofrece el inquietante blanco de su desnudo reclado. Recio y oscuro es el mueblaje. Guardan los ventanales unos gruesos cortinajes de terciopelo color tabaco, y del techo pende una lámpara rusa, en cuyos múltiples cristales la luz se quiebra y adquiere un pálido gris de intimidad y de confidencia.

En las tardes invernales el hogar nos acaricia con su amorosa lumbre. En las tardes de la Primavera y del Otoño, abierto el cortinal, la campiña nos rinde su belleza. Jardines olorosos nos rodean: álamos y cipreses, eucaliptos y tilos, rosales y magnolias, hiedra fina y trepadora, viejos plátanos amarillentos y cansados... Y más allá, huertos dorados por el Sol, y un cielo diamantino, y unas cumbres lejanas, lívidas de color... Y el silencio. Sobre todo, el silencio...

Es tal el sosiego de la estancia que nuestras voces tienen un acorde prolongado y dulcísimo;

diríais que las ideas cobran la misma trémula vaguedad de las palabras y que por ello se visten de más delicado ensueño. Y así, en recogimiento, nos place sobremanera cerrar los párpados y escuchar cómo tú, sombrío Juan Eugenio, nos recuerdas el dolor de Lucrecio con tus versos desengaños é implacables; cómo tú, sagacísimo Germán, refinado y burlón, comentas todas las cosas desde tu alegre optimismo moceril; cómo tú, viejo don Lucas, nos dices peregrinas inquietudes que te tienen macilento y desvelado; cómo tú, fragante Ana Victoria—ojos de aguamarina, carne morena y suave, ánimo muy sereno...—libertas del piano, emocionadamente, las armonías de Haendel, de Schumann, de César Franck, tus predilectos... O cómo tú, excelente doña Carmela, nos aconsejas el ejercicio de la virtud si queremos hallar la alegría del espíritu, y para aleccionarnos nos cuentas esas deliciosas y conmovedoras historias familiares—tan humanas, tan verdaderas, tan del corazón...—en las que fué tu mano el broche de consuelo.

... Hasta que—demasiado pronto...—el péndulo chirría, y nueve campanadas dispersan la tertulia. Entonces, doña Carmela y Ana Victoria nos despiden en el umbral, y nosotros, lentamente, regresamos á la villa, caminando silenciosos bajo las acacias de la carretera obscura y declinante... Llevamos en el alma la huella dulcísima de las recientes pláticas, y yo, en el corazón, muy adentro y muy secretamente, el recuerdo de la mirada casta y aquietadora de mi tan soñada Ana Victoria...

...

... ¿Qué historia lejana y dolorosa guarda bajo su pecho, silenciosamente, esta doña Carmela?... Nunca nos habló de su pasado, ni por sus palabras pudimos descubrir la honda pesadumbre que un día ya distante la trajo á nuestra villa en busca de paz hospitalaria y consoladora. Pero, una tarde reciente, escuché de sus labios el relato que yo quisiera transcribirlo con aquella blanda melancolía de mi amiga selecta y con su misma frase sencilla y añorante... ¡Triste doña Carmela!...

Solos en el vasto salón; pálida la tarde invernal en el silencio; amarillos de Sol los desnu-

dos ramajes; perdidos en una vaga sombra los contornos de la estancia; llegando á nosotros, tenuemente, la melodía de una canción de Schubert, que Ana Victoria labraba en su piano, allá en lo alto, en su inaccesible camarín de doncella.... quiso doña Carmela recordar el viejo tiempo de sus dolores, y yo, absorto y conmovido, abrí mi alma á la emoción romántica de aquella historia que nadie conocía.

...

... Pablo Alvear fué un hombre de varonil belleza morena. Sus ojos—de un claro azul desconcertante, como los de Ana Victoria...—poseían el complejo arcano de enamorar y de rendir al femenino corazón. Bajo la negra cabellera byroniana, el rostro altivo tenfa, sin embargo, una dulzura cautivadora y juvenil; profundas las pupilas, fulguraban entre cárdenas cíceras de cansancio; avanzaban los labios con un gesto sensual; fina la nariz, suavemente curvada; y desnuda la esbelta garganta que emergía de una blanca gorguera dieciochesca... Tal se veía en un diminuto retrato que encerraba un cincelado medallón arcaico, preso en el pecho de doña Carmela.

Fue aventurero y galán, y si pudo su sonrisa salir vencedora en cien amores, hubo dos en que tuvo que rendirse vencido é implorante; uno, el de doña Carmela, amor de quietud, honesto y abnegado; otro, el amor postizo, tumultuoso, que al quebrar todos los lazos del deber, cayó en un destino inexorable.

El amor que por Pablo Alvear sintió doña Carmela fué un jubiloso amor de plenitud, único y dominante. Todos los sentimientos de su alma joven—educada en un vivir de reposo y de estudio, cultivada por la música y por los libros—se acomodaron al delicioso poder de ese amor inicial, y él fué el vaso diamantino donde doña Carmela vertió el perfume de su generosa juventud. Pablo supo amarla noblemente. Pareció que ante doña Carmela se había deshecho la inquietud errante de su espíritu, y que por milagro de la excelsa paz que de esta bella mujer trascendía, Pablo había sentido el anhelo serena de un alto definitivo y fecundo. Casados ya, nueve años vivieron en sosiego dichoso, entregado Pablo á una labor feliz: la de reconstruir su vida,

hasta entonces dispersa y desordenada. Se instalaron muy cerca de París, por los aledaños de Meudon, en una casita junto al verdor húmedo y melancólico de las riberas del Sena. Ornaron su vivienda á la castellana usanza del seiscientos, y en la calma inefable de aquel gustoso retiro compuso Pablo un delicado manuscrito íntimo, que aun doña Carmela guarda como prenda de los años dulcísimos de aquel amor no olvidado... En la quietud infinita de aquel cuarto de estudio—viendo cómo Pablo leía sus libros dilectos ó cómo escribía páginas aromadas de largo ensueño... —muchas veces pensó doña Carmela que, finalmente, el esposo había hallado la fresca umbría silenciosa donde apagar la ardencia de su espíritu andariego y divagador. Fueron años de amor altísimo, en los que Pablo gustó de una plena idealidad no presentida; demasiado preso por su juvenil inconstancia el amor le había dado horas de tanta pureza, de tan deleitosa suavidad, de tan noble acercamiento al ideal, como gozó en la ribeira casa florida...

... Pero el dolor estaba en acecho cercano, y un día doña Carmela sintió inesperadamente el mal augurio de la soledad.

Pablo no llegaba... El negror del crepúsculo se prendió en las contiguas arboledas del jardín y un penetrante sigilo profundo puso en el corazón de doña Carmela una conservadora inquietud. Pablo no llegaba... Y el latido del péndulo implacable tejía en el silencio su irónico murmullo quejumbroso, obsedante... Recordó doña Carmela cómo en los últimos días, los ojos del esposo se fijaban tenaces en un punto, y así permanecían largo tiempo inmóviles, lleno de una sed interior desconocida...; y cómo sobre la mesa de trabajo estaban intactas las cuartillas y cerrados los libros...; y de qué modo las palabras de Pablo eran incoherentes, como venidas de una lejana caminata oculta... Un nuevo amor. Ni un momento lo dudó doña Carmela. Y, dolorosamente, se sintió ya vencida...

Cuando Pablo volvió—á la madrugada, fría y lluviosa...—halló á doña Carmela en un sillón del estudio. Ni un reproche, sin embargo. Pero, una piedad indefinible en la mirada de la esposa le obligó á sentirse indigno y miserable, y sollozante se desplomó á sus pies, con el alma movida por un súbito arrepentimiento... Doña Carmela sabía, sin embargo, que ya no le podría recobrar. Y aun recobrándolo, conocía que, en adelante, ya para ella no podía ser Pablo el hombre á quien se ama con devoción confiada y tranquila; sino el hombre que necesita de un perdón y un olvido... Se truncaba el amor pulcro y nobilísimo; acaso también iba á truncarse la vida fecunda y silenciosa... Y una mansa tristeza inconsolable se apoderó de doña Carmela, y se abrazó á la senda dolorida por donde ya irremediablemente iba á caminar.—(¿Conocéis, mujeres, la pesadumbre sutil del desencanto?... ¿Conocéis la pena inexpresable de recibir, en medio de la serenidad de vuestro cariño leal, la herida del desamor?...) —Lentamente, cada día más, Pablo fué alejándose del amor de doña Carmela. ¿A qué narrar las horas de angustia que sufrió nuestra amiga?... El abandono llegaba siempre más certero y más cruel. Hasta que ya vino entre los dos un apartamiento absoluto. Apenas se veían, aunque continuaron en la misma casa fragante y florida que tantas veces los uniera de amor...

Pero no supo odiar doña Carmela. Comprendió que Pablo estaba prisionero de algo más fuerte que su misma vida, y aunque el inmerecido desamparo hiriera su alma de esposa ena-

morada, llegó no obstante á respetar con tristeza aquél amor prohibido. Reconocía que su cariño de mujer era demasiado casto, demasiado rendido á una comunión de fervida amistad, y sin embargo no podía sentir de otro modo. Creyó, al principio, haber logrado convertir á Pablo en un hombre de reconocimiento interior; haberle libertado del bello demonio de sus años moceriles. Pero, se engañó. Porque si el enemigo pudo permanecer recóndito tan largo tiempo—maniatado por la lírica ventura del hogar que ofrecía á Pablo una esposa de cuerpo delicioso, de alma toda bondad y fortaleza...—allí esperaba, cautamente, el primer gesto de fatiga para surgir exasperado y violento como antaño ya fué...

... A los dos años aquella mujer que se interpuso en el camino de doña Carmela, moría en el momento de dar al mundo un nuevo sé. Dos días estuvo Pablo ausente de su casa, y cuando tornó á ella, encerróse una noche entera en su despacho. Al amanecer le hallaron muerto de un balazo en el corazón.

Tal fué Pablo Alvear. Enamorado siempre de

claridad azul, y en ella el blanco rostro de doña Carmela aparecía doliente y conmovido, y sus manos tenían un milagroso encanto de marfil... Vaguedad inefable de aquel momento sentimental... Pero mi alma estaba estremecida por un temor inquietante...

—... Y del hijo ¿qué fué?...

Doña Carmela alzó los ojos, me miró muy serena y quebrada la voz por una íntima emoción, dijo dulcemente:

—Murió.

... En aquel instante cesó la música cercana, y el silencio se hizo tan hondo, tan intenso, que oprimía dolorosamente el corazón.

ooo

No, mi vieja amiga, el hijo no murió. Me lo revelaba la melancolía de tus palabras, me lo decía tu mirada añorante... Sólo que no quisiste dejar en mis manos tu secreto, que sin embargo es ya nuestro secreto.

Temiste que la confidencia lastimara el amor juvenil y esperanzado que estremeció mi alma. Acaso también temiste, por el amor que ya adivinas en los ojos de Ana Victoria—esos ojos



la romántica aventura apasionada. Acaso, en el propio ensueño de aquellos años de paz humilde, el amor le fué envenenando sigilosamente de deleites sútiles y refinados—gemas maravillosas en su espíritu insaciable, ambicioso de gozar eternamente, voluptuoso siempre, aun en los alcances del ideal...—y al fin la mujer donde pudo encarnarlos, nada detuvo su mano suicida. Ni el deber para el hijo recién llegado, ni el amor de una esposa que sufría en silencio. Murió en plena pasión romántica y desesperada... Por ello, doña Carmela, no guarda rencor á su memoria: era Pablo Alvear un encendido pecho generoso que se entregaba noblemente, y que al dar el dolor no sabía mentir...

ooo

... Trémulas, las últimas palabras fueron, en la quietud, una sincera oración cordial. No sabía odiar doña Carmela...

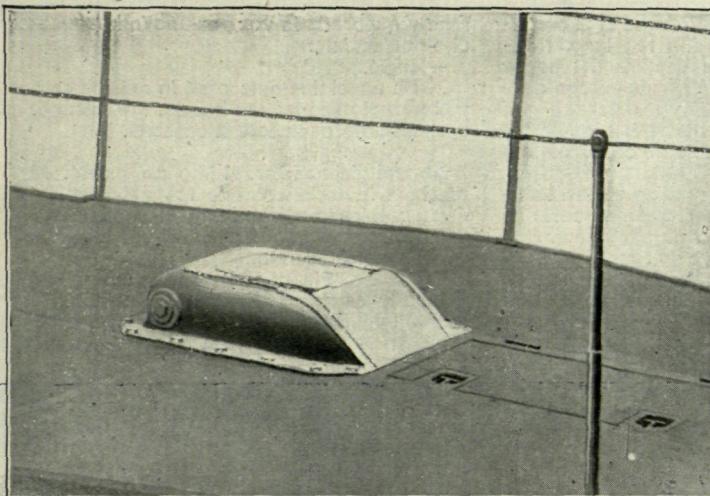
Ya á lo lejos ardía la roja lumbre del ocaso, y la sombra trepaba en la arboleda; nos brindaba el ramaje su canción murmurante... Aun sonaba débilmente, en lo alto, la música suave y evocadora. Por el ancho ventanal venía una indecisa

que tienen, como los de su padre, un desconcertante color azul... No, el hijo no murió. Hidalgamente lo acogiste en tus brazos, y á tu lado ha crecido, nutriendose de tu fortaleza y tu bondad. Su madre eres tú, á pesar de todo... No es carne tuya, pero es algo que tiene en tu vida un fulgor de eternidad. Has fundido en la hija de tu amado todo el amor que te rechazaron y todo el dolor de tu noble sacrificio. Por ello Ana Victoria tiene en su juventud una gravedad serena y silenciosa. No fueron estériles tus horas de amargura, dulce doña Carmela, que no supiste odiar... Te labraron, junto con el dolor, la futura alegría espiritual. Y bien vale el lejano desencanto ese brazado de flores húmedas y olorosas que todas las mañanas Ana Victoria deja amorosamente en tu regazo.

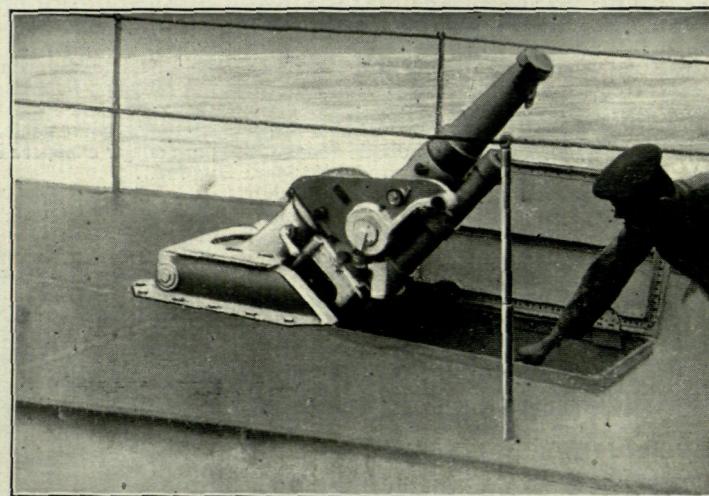
... Olvidaré el secreto. Pero esa historia ha dejado en mí alma, para siempre, el rastro de todo lo que tiene amor de quietud... Rosas, y Sol de paz, y agua sabrosa y alegadora...

LA GUERRA NAVAL

LOS SUBMARINOS CONTRA LOS AEROPLANOS



Ingeniosa forma con que va disimulado el cañoncito del submarino antes de su empleo



El cañón del submarino saliendo de su escondrijo sobre cubierta para colocarse en posición de hacer fuego

DESDE el 18 de Febrero Germania persigue sin tregua en aguas del mar del Norte y del Canal de la Mancha á los buques mercantes de las naciones aliadas, bloqueando por medio de su crecida escuadra de submarinos al comercio de su rival la poderosa Albión.

Herr von Pohl, jefe del Estado Mayor de la armada alemana, razonó en una extensa memoria las medidas adoptadas por el Almirantazgo germano contra la navegación comercial, fundamentándolas en que Inglaterra incluyó á su arbitrio en el contrabando de guerra á objetos de lejana relación con los pertrechos bélicos en que Inglaterra retiene como prisioneros de guerra á cuantos alemanes aptos para el servicio de las armas capturó en los barcos neutrales detenidos por los buques de sus escuadras en alta mar, y declaró centro de operaciones todo el mar del Norte, paralizando en contra del derecho de gentes el comercio de los neutrales, y ya que éstos no tomaron medidas evitatorias, Germania señaló como espacio beligerante todas las aguas que bañan la Gran Bretaña é Irlanda, y con efecto, las audaces escuadras de submarinos alemanes han atacado, día tras día, á cuantos barcos hallaron en su ruta misteriosa, infligiendo al comercio inglés irreparables y cuantiosas pérdidas.

Marinos expertos y valerosos cumplen con espíritu de sacrificio la orden de su Almirantazgo, y para ello hacen á bordo de sus naves una vida de actividad tal, que sólo puede sobrellevarse con un vigor físico y moral insuperable.

He aquí cómo lo relató á un periodista americano el teniente de navío Claus Hansen, comandante del submarino «U-16»:

«Desde el bloqueo de Inglaterra esta vida cansa de tal manera el sistema nervioso, que no todos pueden soporlarla. Cuando estamos cerca del enemigo, ó cuando las condiciones de la temperatura lo hacen necesario, nos sumergimos.

«Primero cerramos todas las aberturas y aspiramos con las bombas el aire hasta cierta presión. Yo observo el barómetro durante unos minutos para ver si la presión baja ó no. Cuando todo está bien á bordo, lo que significa que los compartimientos estancos están en regla, descendemos corriendo bajo la mar.

»En el buque reina un silencio de muerte. El motor eléctrico funciona sin ruido y el agua transmite bien el sonido, de tal modo, que no es raro oír la hélice de un buque que pasa por encima ó cerca de nosotros.

»Nosotros gobernamos absolutamente el buque con ayuda de la carta ó del compás de altura.

»Cuando el aire se calienta, se torna pobre y se mezcla con los olores á hulla de la máquina, la atmósfera se hace terrible: A los recién embarcados les entran unas ganas de dormir casi invencibles, y tienen que hacer grandes esfuerzos para no dormirse.

»Yo he tenido hombres á bordo que no comían durante los tres primeros días después de embarcarse, porque no podían tomarse tiempo para comer quitándose del sueño.

»El hecho de que en los submarinos no se marea uno, es un cuento.

»Cuando hace mal tiempo ó estamos cerca del enemigo, permanecemos sumergidos tanto tiempo, que el aire se corrompe. Los tripulantes, ex-

cepto los de servicio, reciben orden de acostarse y no hacer nada, pues cada movimiento obliga á los pulmones á absorber oxígeno y el oxígeno hay que economizarlo, del mismo modo que el hombre que padece sed en un desierto, hace por no absorber su última gota de agua sino lo más tarde posible.

»No puede encenderse fuego porque quema el oxígeno, y el poder eléctrico de los acumuladores es demasiado precioso para disiparlo con fines culinarios.

»No comemos más que flambres. Y en estas condiciones me he pasado de pie ó sentado ocho horas, con los ojos pegados al periscopio, hasta sentir que se me iba la cabeza.»

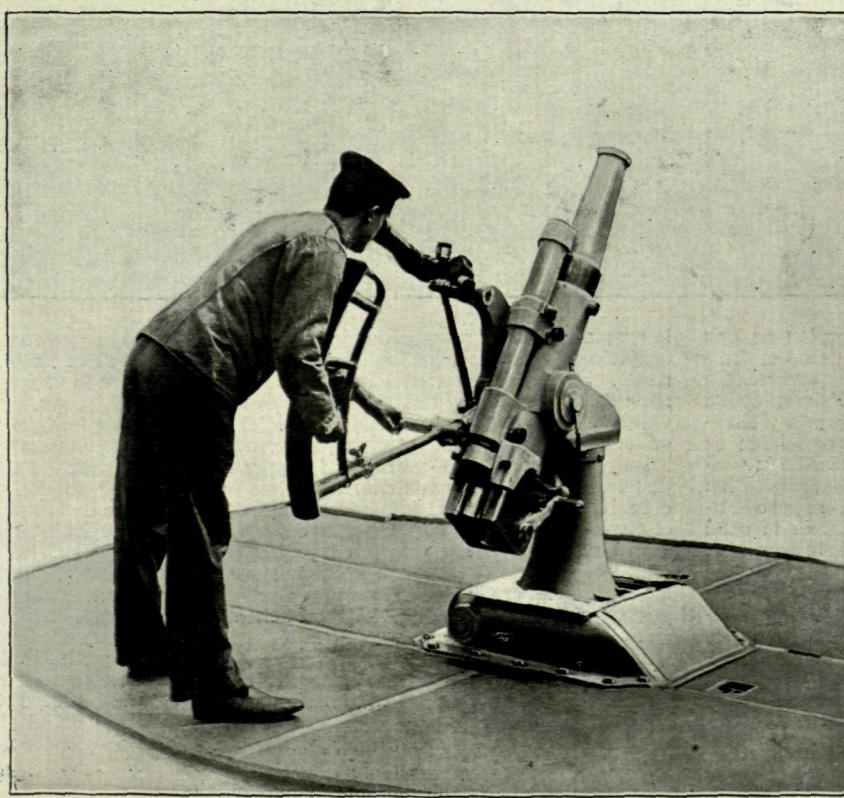
Los submarinos alemanes han llegado á tener gigantescas proporciones, pues pasan ya de 800 toneladas de desplazamiento, y á más de tres y cuatro tubos lanzatorpedos, tienen para combatir á sus enemigos en audacia, los hidroplanos, cañones de eclipse, de los que los submarinos «U-21» al «U-29» llevan tres, dos de calibre medio y uno de pequeño calibre.

Estos cañones están emplazados bajo una escotilla que los oculta; abierta ésta, giran y se plazan sobre ella, permitiendo la puntería en elevación y en dirección con la eficacia ayuda de un anteojos de Zeiss de gran potencia visual.

Tres sirvientes necesita cada pieza: uno para transportar las municiones, otro para la carga y descarga del cañón y otro para la puntería y disparo.

Para facilitar estas dos últimas operaciones, la pieza tiene un brazo acodado en que apoya el hombro el sirviente que ha de realizarlos.

En vano Lord Bristol y sus secuaces pidieron al Almirantazgo británico que se permitiese á los barcos mercantes el empleo de cañones con que combatir á los misteriosos enemigos; éstos siguen apareciendo en las salidas de los puertos, en las proximidades de las costas, en las lejanías brumosas, donde menos se les espera, y causando incalculables daños y una enorme depresión de la fuerza moral, que fué y es, en todas las luchas, factor preciso para la victoria.



Tercera posición de la pieza, preparada para hacer fuego contra un aeroplano

LA ESFERA

BELLEZAS DEL GRAN MUNDO



CONCHITA DE ALFONSO Y MADRONA

Encantadora señorita de aristocrática familia cubana, que se distingue por su belleza

POT. CALVACHE

Biblioteca de Comunicación
Hemeroteca General



DRAMÁTICO MOMENTO DE LA RENDICIÓN DE LA PLAZA FUERTE DE PRZEMYSŁ Á LAS TROPAS RUSAS, DESPUÉS DE UNA DEFENSA HEROICA DE VARIOS MESES

CÁMARA-FOTO

Biblioteca de Comunicació
i Hemeroteca General
DIBUJO DE V. DE PAREDES

BELLAS ARTES

UNA EXPOSICIÓN EN EL HAVRE



Cueros de Córdoba del Ayuntamiento de Furnes y El Martirio de Santiago de la iglesia de Wulveringhem



Cristo en marfil, atribuido á Du Quesnoy, procedente de la iglesia de Lampernisse



Conjunto de obras procedentes del Museo de Werghe-lynck, de gran mérito artístico

EN los días angustiosos de la terrible invasión germánica, cuando pudo esperarse que este enorme alud de hombres rubios con ojos azules y la muerte en la mano y en el cerebro, cubrieran Europa entera, cuando vimos episodios como el bombardeo de la catedral de Reims y la destrucción de Lovaina—por citar sólo dos de los más imperdonables e inolvidables—llegó á preocuparnos tanto como los asesinatos, violaciones, incendios de hogares pacíficos y destrucciones de regimientos enteros, la futura y posible destrucción de las obras de arte.

La guerra tiene esa trágica y vil cualidad. Que, aparentemente al menos, contagia de insensibilidad para los ajenos dolores, incluso á los mismos que están lejos y libres de la cobardía colectiva que supone el amor á la guerra.

Los continuos espectáculos de desolación y exterminio, las listas interminables de muertos y heridos, acaban por encalzar nuestro corazón.

Pero, con permiso de los señores germanófilos, surgió entonces lo que nos recriminaron varios miles de ellos á muchos millones de hombres. ¿Qué sería de las obras de arte? ¿Cómo iban á respetarlas los que no respetaron tratados ni vidas indefensas? ¿A caso importa más la sala de un museo ó de una biblioteca que la vida de un hombre?

Sí, y mil veces sí. Será contagio de残酷, será «desequilibrio de la sensibilidad» según han preten-

dido despreciar á los que lamentábamos la irreparable pérdida de la Universidad de Lovaina.

Para los que amamos y respetamos las reliquias del pasado; para quienes son una enseñanza y una norma de vida los ejemplos arquitectónicos, escultóricos ó pictóricos, resulta monstruoso el ensañamiento contra esas reliquias.

Bélgica, que en esta guerra ha renovado y superado el recuerdo de los antiguos pueblos heroicos, no olvidó un solo momento la gallardía y nobleza del espíritu, como olvida sus sufrimientos físicos y deja correr su sangre generosa.

Tampoco su valor al verse agujoneado por la desesperación olvidó que si era un pueblo de hombres trabajadores, lo era también de artistas. Las fábricas destruidas se vuelven á levantar; las industrias atacadas con una enconada saña de competidores, se restablecerán de nuevo. En los huérfanos de hoy queda la inteligencia reflexiva, los instintos de orden y de amor al trabajo que tenían miles de belgas desaparecidos para siempre. Las tierras ensangrentadas y podridas de cadáveres, volverán á ser cultivadas y tornarán las fructíferas cosechas de los bellíos campos de Flandes. Sin embargo, tanto como les preocupó resistir la invasión germánica, les inquietó la futura suerte de sus tesoros artísticos. Defendieron al par de los hogares las riquezas que, una vez destruidas no podrían rescatarse con todos los millones del mundo.



LA ADORACIÓN DE LOS PASTORES
Tríptico de Jeremias Mikendorff (?) que se conserva en la iglesia de Loo



Capas pluviales y ornamentos religiosos de la iglesia de Loo (influencia española)

En el Museo de El Havre se celebra actualmente una exposición interesantísima de numerosas obras de arte y objetos preciosos salvados en la región del Yser. La exposición está distribuida en la gran sala central y en una sala pequeña contigua. En los muros y en vitrinas se exponen cuadros, tapices, vestidos, ornamentos y objetos religiosos, antiguos planos de ciudades y ejecutorias de nobleza, muebles, grabados, esculturas, armas, tallas, cerámicas, cueros, manuscritos, mayólicas, joyas, etc.

Todas estas riquezas proceden en su mayoría del museo Merghelyck de Ipres. Pero también hay obras de gran valor artístico procedentes de la iglesia y ayuntamientos de Loo, de Furnes, de Nieuport, de Vinchem, de Wulveringhem, de Alveringhem, y de Oestkerke.

Una vaga melancolía nos invade al contemplar algunas de las fotografías que reproducen los objetos expuestos. En los bordados de casullas y capas pluviales, en la orfebrería, en los cueros de Córdoba, en los nombres—Cristóbal de Vallejo, Diego Ruiz—grabados sobre fuentes y jarros de plata, en los retratos de Felipe II y del duque de Alba, en los planos de ciudades y de batallas, subsiste la visión de la España gloriosa... aunque ahora aquella lejana gloria, como en lo futuro los primeros triunfos germánicos, nos cause cierto rubor.

Todos los aspectos constitutivos y característicos del pueblo belga figuran en esta exposición. Al lado de los pendones de una Sociedad de Retórica de Nieuport y de la sociedad coral *Zannekin*, de Furnes, el plano de la batalla de Nieuport (1601) y trozos de caballerescas armaduras; junto a los retratos de reyes, archiduques, obispos y hombres de guerra, una ordenanza del año 1564 sobre la pesca del arenque en Nieuport, interiores plácidos y las «naturalezas muertas» de Snyder's y Van Oost. En contraste de los numerosísimos objetos religiosos, los muebles, cuadros, péndulos, espejos, jarrones y telas del siglo XVIII ó el cuadro de Van Thulden *Los cinco sentidos*.

Difícil, y tal vez demasiado extenso, sería des-

cribir una por una todas las bellezas reunidas en la Exposición del Museo del Havre. Pero al menos, hagamos mención de aquellas que, por su mérito ó por su carácter curioso, lo merecen.

Unos magníficos tapices de Tournay con las armas de las diez y siete provincias de los Países Bajos, procedentes del Ayuntamiento de Furnes y valuados cada uno en 20.000 francos.

La instalación de ornamentos y mobiliarios y vestiduras religiosos de la iglesia de Loo.

La adoración de los pastores, tríptico de Je-

remias Mikendorff (?), año 1621. El cuadro *Esther ante Asuero* (de autor desconocido) y los retratos de Felipe II y de María Tudor (Ayuntamiento de Nieuport) que tiene el primero un fragmento de proyectil de obús y los segundos varios agujeros de shrapnels.

El Cristo en marfil atribuido á Du Quesnoy (iglesia de Lampernisse) y un San Sebastián tallado en madera, que encontró un oficial francés entre los escombros de la iglesia de Neucapelle.

La custodia de la iglesia de Nieuport y un magnífico primitivo flamenco, atribuido á Van der Weyden, que se conservaba en la iglesia de Oostkerke y que representa la Crucifixión.

Las mayólicas, cerámicas y orfebrerías del siglo XVIII, expuestas en la mesa del salón central.

Por último, las llamadas «Piezas de justicia», en bronce, que recuerdan una costumbre muy generalizada en Flandes, á fines de la Edad Media.

Cuando un individuo estuviera convicto de un crimen se le condenaba á que fundiera en bronce la parte de su cuerpo interesada en el delito. Así, por ejemplo, el blasfemo ó el calumniador tenía que entregar una cabeza cuyos labios estuvieran cerrados con una argolla; el que golpeara ó hiriera á su próximo, una mano en forma de puño ó sujetando un puñal. De este modo se perpetuaba—y servía para escarmiento—el delito. A excepción de las dos cabezas y las dos manos conservadas en el Ayuntamiento de Furnes, y una cabeza que se conserva en Veele, todas las demás «piezas de justicia» han desaparecido.

De la vigilancia de la Exposición están encargados inválidos belgas y franceses de la guerra actual.

Y nada tan conmovedor y de tan dulce simbolismo, como estos muchachos pálidos e inútiles para ganarse la vida, que después de haber defendido sus hogares, cuidan ahora, lejos de las trincheras, las reliquias artísticas y religiosas de su Patria...

SILVIO LAGO

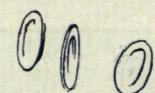


Piezas de Justicia de fines de la Edad Media (Ayuntamiento de Furnes)

Hemeroteca General

FANTASÍA DE PRIMAVERA

EL VIEJO ENCANTO DEL CIRCO



Con el retorno de los días vernal coinciden las aperturas de dos espectáculos muy característicos: las corridas de toros y el Circo. Nada nos interesa, antes bien nos duele y nos ruboriza como una vergüenza nacional la barbarie taurina. No pasará jamás por las páginas de LA ESFERA el más pequeño elogio de eso que llaman fiesta. En cambio el Circo da siempre una sensación de frivolidad, de ligereza espiritual, de sana y contagiosa alegría, al lado de las otras emociones del peligro, de la fuerza ó de la belleza ajenas. Las cabriolas y flin-flanes de los payasos, la viril gallardía de los atletas, la gentileza de las acróbatas saltarinas, los incomprensibles malabarismos y la fuerte arrogancia de los domadores de fieras, todo esto nos sugiere y nos divide sin dejar en el alma pose alguno de amargura, sin haber desperado en nosotros la más pequeña idea de crueldad. Elogiemos siempre este ingenio espectáculo, que viene á nosotros todos los años, con el vernal retorno de las blancuras de almendros, de los cielos azules, de las noches que empiezan á ser tibias y propicias al ensueño...

SALIMOS del Circo. Aún sonsonea en nuestro oído el vals lúgido de la funámbula ó el galop vertiginoso de los saltos mortales del acróbatas. Debía estar perfumado á flores y como adormecido el aire y sin embargo hace frío, un frío invernal que pone todavía pieles sobre los cuellos femeninos, desnudos un momento antes bajo la cruda luz de los arcos voltaicos...

¿Es la melancolía por la ausencia de primavera, la melancolía exterior, ó es la nuestra interna de sentirnos un poco viejos, á pesar de que todavía vibra en nosotros el loco cascabel de los treinta años?

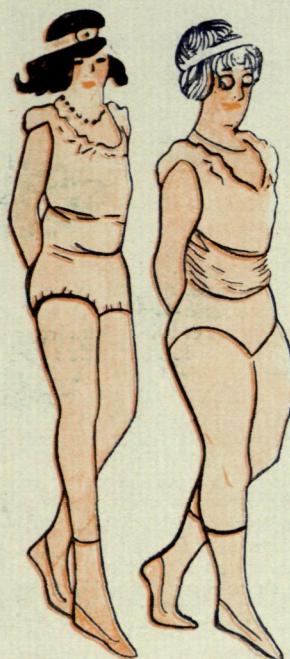
El Circo parece más que nunca en esta temporada el Circo de otros tiempos, el Circo de los caballitos y de los títeres; el Circo antes del cinematógrafo y de las «varietés» y de los automóviles pasando sobre los músculos tirantes de un hombre.

Y sin embargo, salimos un poco desencantados. El pesimismo de Jorge Manrique nos vierte nostalgias pretéritas. Qué importan las risas de aquel chiquillo rubio que había á nuestro lado, qué importa la mirada absorta de aquel viejo de las barbas blancas, ante la barrista morena. «prometidas por su maillot; qué importan los grititos femeninos cuando un artista manda callar la música y realiza uno de esos juegos en los que nos parece ver al polichinela humano pendiente de un hilo y á la Muerte que acerca su guadana bien asilada...

Todo esto fué siempre del Circo, y no obstante, nuestro Circo, el de los recuerdos ya cubiertos de niebla ó deshechos en sombra, ya no es este Circo de hoy.

Banville sonreirá desdenoso desde el cielo de los poetas. Sus versos en que el ritmo era un acróbatas, ó un clown—los clowns tradicionales de la tristeza bajo el banquete—no pueden decirse ahora en los circos contemporáneos...

Para hallar todo el viejo encanto del Circo, sería preciso recorrer pueblos lejanos, humildes, ó las ferias bulliciosas, á las que llegan los saltabancos en las roulettes desvencijadas y arman sus lonas, que el viento infla, y la lluvia y el sol de muchos años han ido pudriendo... Sería preciso asomarnos á uno de esos balcones anchos, recostarnos en el viejo barandal de hierro—que sólo se conservan en algunas provincias de ter-



carmín en los labios de la amazona ó en las mejillas de la muchacha descoyuntada...

Tal vez, ni esto siquiera queda ya. Envenenados, esclavizados de Madrid, no sabrámos decir si aún las capitales de provincia ó los pueblos españoles siguen viendo estas figuras que expresan de tan característica y representativa manera la decadencia de un arte.

Por eso la melancolía interna, al fundirse con la cira fría de la noche de Abril, disfrazado de Enero, nos habla de las viejas figuras del Circo.

Las dos barristas. Era morena la una; rubia la otra; las dos igualmente ágiles. Vestían los maillots de rosada carnosidad que luego habían de prostituir las cupletistas y danzarinas de danzas obscenas; llevaban faldines de terciopelo, con flecos áureos y



botas altas de cabritilla blanca. Mientras una de las muchachas daba vueltas ó hacia planchas con el cuerpo rígido y produciendo un áspero rugido sus manos sobre la barra, la otra se limpiaba las manos con el paño enyesado, ó permanecía con las manos á la espalda, una pierna rígida y la otra levemente apoyada sobre la punta del pie. Al terminar y comenzar saludaban con un salto y abriendo los brazos de un modo ingenuo y gracioso...

Los acróbatas. Eran cinco ó siete. Siempre un número impar. ¿Por qué? Para la bella armonía de los grupos finales, en que el más fuerte de todos sostenía á los demás. En la troupe hubo el hombre hercúleo del bigote con sortijillas y el áspero cabello rizado; la mujer de carne exuberante y pomposa, que al reír, enseñaba el oro de los dientes y que en las posturas arbitrarias enardecía á los espectadores juventuelos, la muchacha gentil, con actitudes de pájaro, con los ojos de mirada dulce y tranquila; el mozo



LA ESFERA

DESCANSO
DE
15 MINUTOS



del pelo peinado con raya y una onda sobre la frente; el chiquillo que se lanzaba a unos a otros como una pelota; que era siempre el remate de los grupos ó que se enroscaba en humano cinturón, cogiéndose los pies con las manos sobre el cuerpo del jefe de la troupe...

La funámbula. Salió envuelta en una capa de pieles blancas y rasos chilones... Tendía besos con sus manos ensortijadas é iba con piruetas menudas hasta los pies relucientes de níquel que sostienen las dos pequeñas plataformas de terciopelo rojo con flecos dorados a los extremos del alambre tan sutil que apenas se veía sino en aislados brillós rectos; la funámbula daba primero una carrerita; después se columpiaba, daba saltos, vueltas

bruscas, cogía un pañuelo con los dientes, arrodillándose sobre el alambre tembloroso y siempre con una sombrilla japonesa, de esas sombrillas que conocimos abiertas sobre el techo de las salas españolas, como un recuerdo del parente que estuvo en Filipinas. La orquesta tocaba un vals lán- guido y muchas veces oído — *El Danubio azul, Coppelía, Giocconda* — y una red y dos servidores de levitones grises con la cabeza en alto, sugerían la posibilidad de un peligro...

La amazona. Unas veces vestía el traje negro, severo, con el sombrerito de media copa; otras el tonelete de bailarina, para imitar danzas graciosas sobre la ancha plataforma blanca con faldellín de sedas. Casi siempre también blanco el caballo, braceante, que iba a compás de la música, que saltaba escaleras y tablones blancos y que se lanzaba al galope cuando la amazona debía romper con su cuerpo

los frágiles aros de papel, ó que iba al paso cuando el clown fingía un grotesco enamoramiento de la amazona y le ofrecía una flor, recibiendo en cambio un latigazo que le hacía caer sentado, al sonar de nuevo la música y emprender otra vez el caballo sus eternas vueltas a la pista...

Los payasos eran lo más característico, lo más regocijadamente representativo, y son los que más claramente demuestran ahora la decadencia del Circo.

Aún no habían aprendido a disfrazarse de vagabundos ingleses ó yankis; todavía no tiraban cosas al suelo, que sonaban terriblemente entre bastidores.

Sus farsas eran inocentes y bonachonas; sus chistes inocentes; sus pantomimas daban la sensación de un mundo infantil en que la risa no estaba aún pervertida por salacitudes y pícaras.

Unas veces era la farsa del pitillo «que no se podía fumar aquí», pero que se fumaba allí; otra el sifón de agua de seltz que se manejaba al revés; otras la pantomima amorosa en que el *tono* se vestía de mujer.

Los tiradores que partían cáscaras de huevos y apagaban velitas encendidas y derribaban una naranja puesta sobre la cabeza de una muchacha que siempre sonreía forzadamente.

Los malabaristas chinos, vestidos con sus batas bordadas de áureos pájaros fantásticos. En ellos todo parecía misterioso y endiablado; el alma del Oriente enigmático saltaba con sus bolas brillantes, con sus mariposas de papel de seda, se balanceaba en lo alto de los bambúes cimbreantes.

Los presidiidores que atravesaban con un dedo de cera los sombreros de copa, que freían relojes y sortijas y pañuelos de seda, para devolverlos intactos después a sus dueños, que

sacaban de la boca miles de cartas ó guirnaldas ó banderas de todas las naciones en las que siempre era de mayor tamaño la de la nación donde trabajara y que el ingenuo público aplaudía patrióticamente, mientras la orquesta cambiaba el «galop» por el himno nacional...

Los perritos y los gatos y los monos y los burros amaestrados; los excéntricos musicales, que en los cascabeles de colleras y en las

distintas copas de cristal, ejecutaban trozos de *Carmen* ó *Aida*...

Y las fieras? Tigres, leones, panteras que extendían un olor áspero y cálido al sacar las jaulas enormes a la pista. Los domadores entraban con el traje de terciopelo, las botas de montar relucientes, los cabelllos rizados... Dentro de

la jaula excitaba a las fieras, ó se acostaba sobre los ijares palpitantes, ó metía su cabeza entre las fauces causando un estremecimiento de terror en las espectadoras. También algunas veces era una domadora como aquella rubia de los ojos verdes que un día, bruscamente, con el lachismo de una noticia telegráfica, leímos en un periódico que había muerto destrozada en Nueva Orleans.

Y por último, la gran batida en que todos los artistas daban saltos mortales en un trampolín enorme...

ooo

Todo esto ya no existe. Su desaparición nos hace un poco viejos; pero nos recuerda también que cuando éramos niños, que cuando éramos mozos, el Circo adiestraba nuestro espíritu hacia el bien, hacia la sana alegría.

¿Podrán decir lo mismo estas muchachitas, estos juvenzuelos que ahora llenan los cinematógrafos de moda, enamorados de la perversa penumbra de la sala?...

Y no es prematuro envejecimiento, no es tampoco el contagio de la noche inverniza lo que nos hace encontrar esta desventajosa diferencia.

Ahora, después de evocado el viejo encanto del Circo, comprendemos que no es efectivamente una melancolía nacida del estado de alma ó del estado de la noche, sino la tristeza de algo irreparable que se va para siempre... Y no encontrar la lejana alegría infantil que aguardaba antes en los Círcos y en cambio encontrarnos una pulmonía por la primavera se ha retrasado.

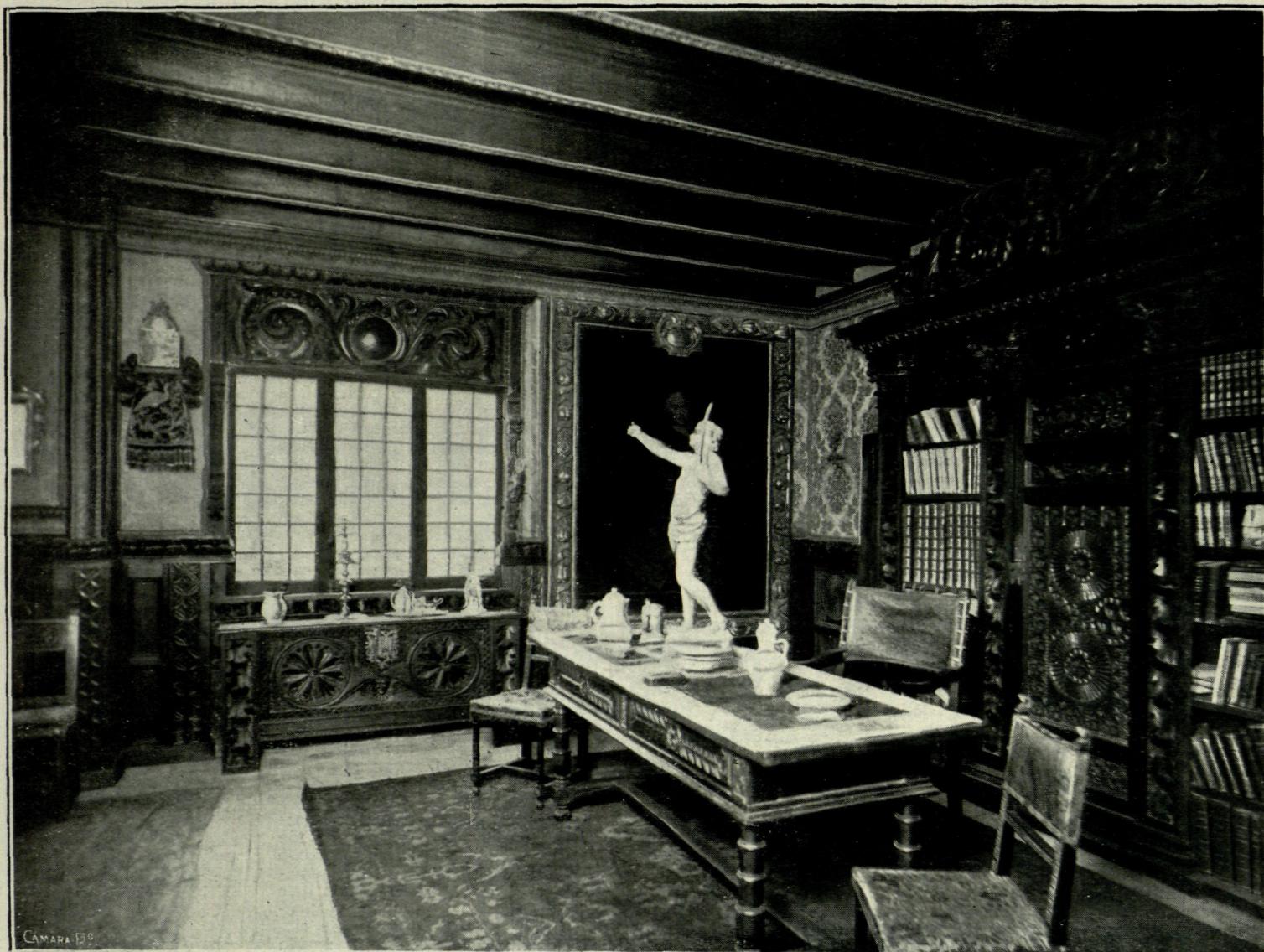
Sin duda la primavera también está un poco desilusionada de los Círcos y de sus ingenuas alegrías pretéritas.

José FRANCÉS

DIBUJOS DE GALVÁN



CASA VASCA DEL SIGLO XVII



Salón principal de la casa vasca, propiedad de D. Ramón Luis de Camio

A tres kilómetros de San Sebastián, en el pintoresco Barrio de Loyola y cercana á la Estación del ferrocarril de la frontera, élvase una casa que merece especial mención por su originalidad.

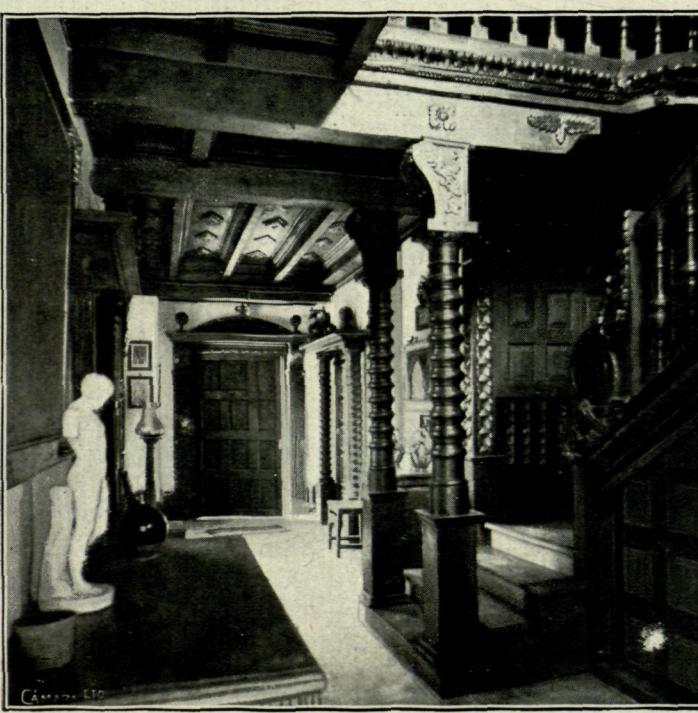
Se halla enclavado en la ladera de una pequeña colina de graciosa líne, terrenos anexos al edificio, de exuberantes frondas y vergeles, entre cuyos claros se destacan las no-
tas blancas de clásicas esculturas.

Rodea al edificio un precioso jardín lleno de verdor y de flores, adornado por grutas y lagos.

Por todo ese marco es vulgar ante la belleza artística y la aristocrática elegancia que se observa en las estancias del interior del edificio.

Don Ramón Luis de Camio y Cru-
zada Villaamil, Académico corres-
pondiente de la de Bellas Artes de San Fernando, impulsado por el inigotable cariño que siente por todo lo que recuerda las gloriosas tradi-
ciones de la noble Guipúzcoa, quiso poseer una morada digna de sus evo-
caciones y construyó la casa de refe-
rencia bajo su dirección.

Sus fachadas ostentan esculturas en madera y un gran balcón corrido á la usanza vasca con sus clásicos balaustres. La construcción data de dos años escasos; y merced á un há-
bil maquillado de sus fachadas y el



Vestíbulo de la casa vasca del Sr. Camio

carácter y autenticidad de puertas y ventanas, el tiempo parece haber impreso huellas y patina de sus injurias.

El interior es un verdadero Museo. Todos los objetos, el más nimio de-
talle, sin abundancia ni abigarramiento de cosas inútiles, están en con-
sonancia con el Arte que preside en el suntuoso decorado de las estan-
cias.

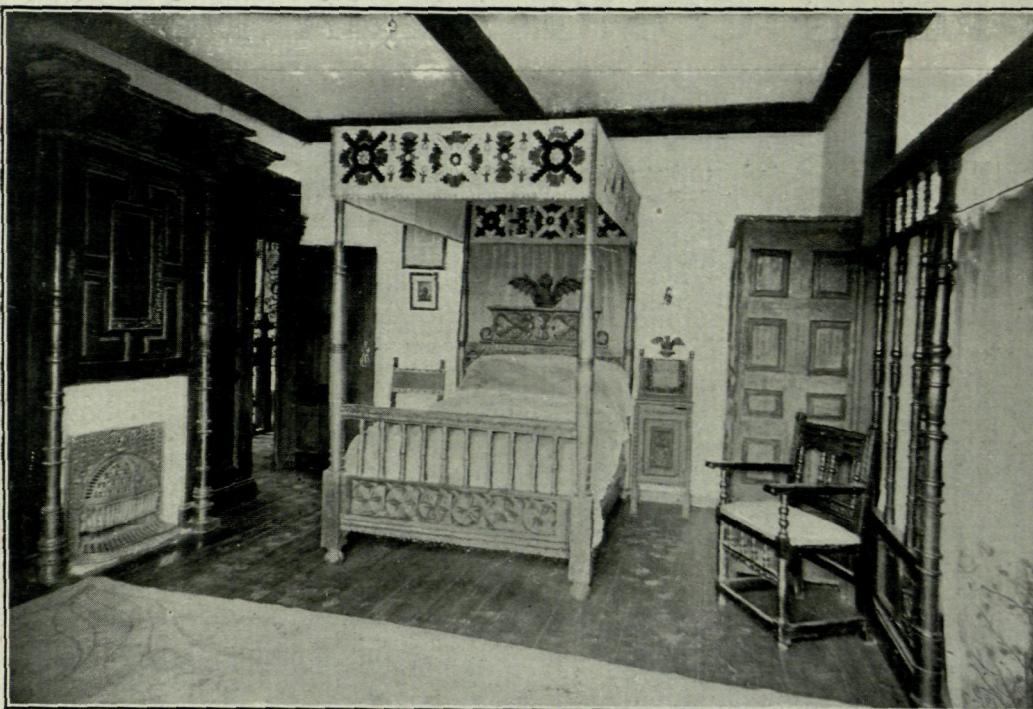
Lo primero que se admira en la planta baja es el vestíbulo que nos ofrece magníficas puertas esculpidas, con sendas columnas del XVII y remates tallados en nogal. Las cuchas, sillas y demás utensilios son del gusto más depurado.

En el salón pueden admirarse las puertas, las ventanas, el artesonado, todo construido con cuchas talladas aplicadas al objeto y con fragmentos de retablos de roble y castaño desti-
nados por sus antiguos poseedores á la hoguera y salvados milagrosamente por el Sr. Camio. Los herra-
jes antiguos, las lámparas y cande-
labros, la magnífica Biblioteca, las mesas, todo, en suma, responde de perfecto acuerdo al mismo siglo, re-
chazando todo anacronismo. Sólo falta la presencia de unos caballeros
hidalgos reunidos, de la época de Felipe IV, para formar digno complemento.

En la escalera que conduce al piso superior, hay enorme cantidad de roble tallado con relieves vigorosos. Merecen mención el artístico banzo y la balaustrada. Las paredes se hallan exornadas con viejos e históricos tapices.

Y llegamos al dormitorio, cuyas puertas y balcones son auténticos del siglo XVII. Un gran armario de pesada y bien cortada talla y una cama vasca, aparte de otros enseres, completan la estancia en conjunto armónico y severo como todo lo descripto.

Ocho años transcurrieron para que el Sr. Camio reuniera el cúmulo de elementos necesarios que habrían de tener aplicación para proceder á la obra que con tan raro acierto ha sabido realizar. Numerosas personalidades de refinada cultura y amantes de lo bello han desfilado por esas habitaciones con manifestaciones de admiración sincera y experimentando la inevitable sensación que se opera en el espíritu al verse de súbito transportado en apariencia al medio en que vivieron otras generaciones.



Dormitorio

La casa que queda relatada es única y constituye una excepción dentro del estilo en toda la provincia de Guipúzcoa.

Ella consolidaría la reputación de un artista, si otros y más altos méritos no adornaran las cualidades asombrosas de su constructor en el pañenque artístico.

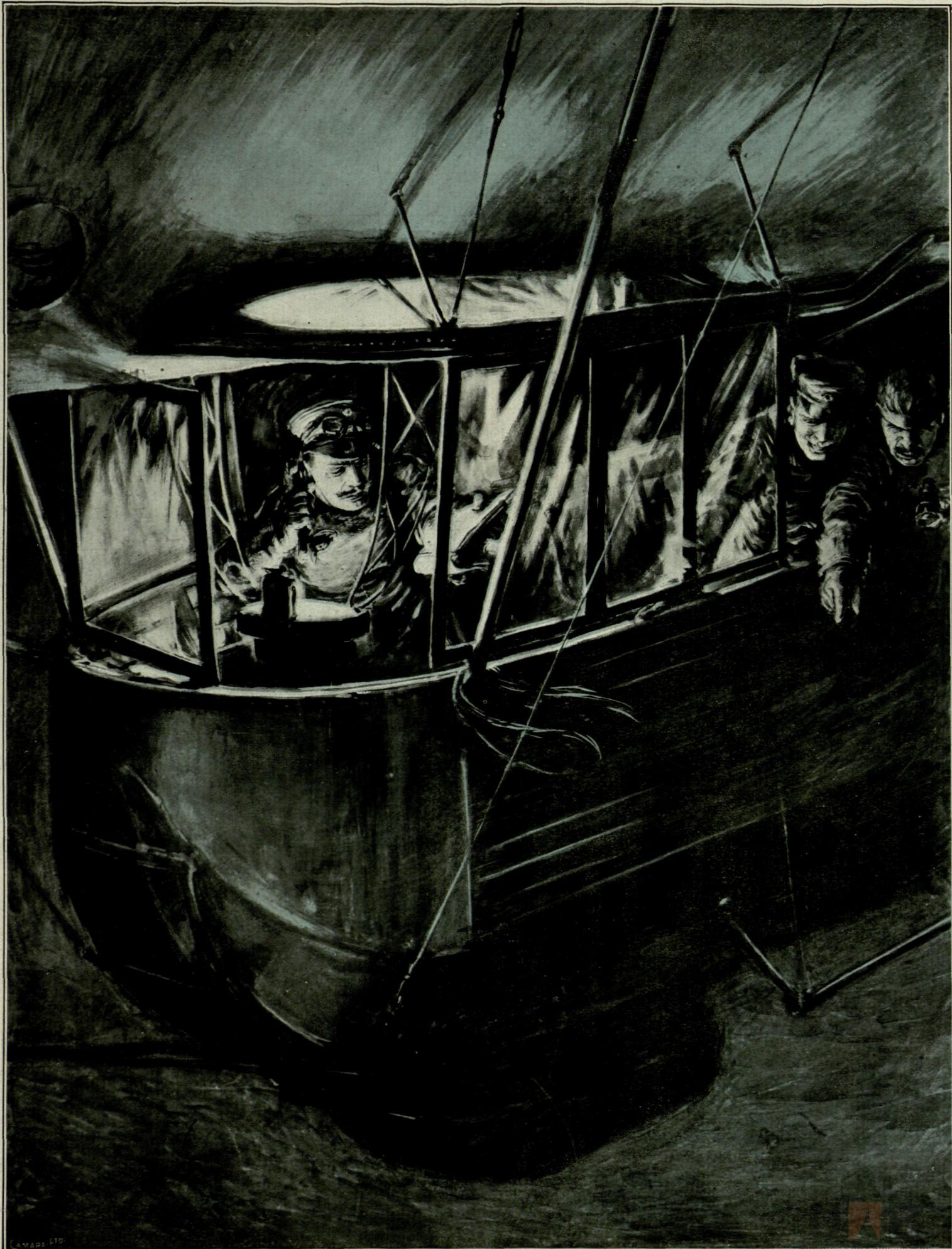
Pero en largos años de práctica y experiencia y con una constancia inquebrantable y una voluntad de hierro, el Sr. Camio en la esfera del Arte y de la Historia, ha realizado una labor inmensa, en la que hoy todavía es el único capacitado en toda la comarca, para soportar solo el peso de las iniciativas que se encaminen á dar impulso y desarrollo á la labor cultural.

Dotado de vastísima ilustración y de un espíritu abierto á la luz y pleno de entusiasmos y de sacrificio personal, evoluciona y se adapta á los matices más sutiles de los modernos ideales, enlazándolos con las evocaciones que sugiere la gloriosa tradición de nuestra Patria. El Sr. Camio tiene el proyecto de dotar á su pueblo de un Museo Vasco Guipuzcoano.



Una vista del salón principal de la casa vasca

EL ZEPPELÍN COMO ARMA DE COMBATE



EL CAPITAN DE UN DIRIGIBLE ALEMÁN TRANSMITIENDO DESDE SU CABINA Á LOS ARTILLEROS DE LA NAVE AÉREA,
LA ORDEN DE ARROJAR BOMBAS SOBRE UN POBLADO

i Hemeroteca General

DIBUJO DE FELIPE DADD

LA ESPERA

ARTE CATALÁN

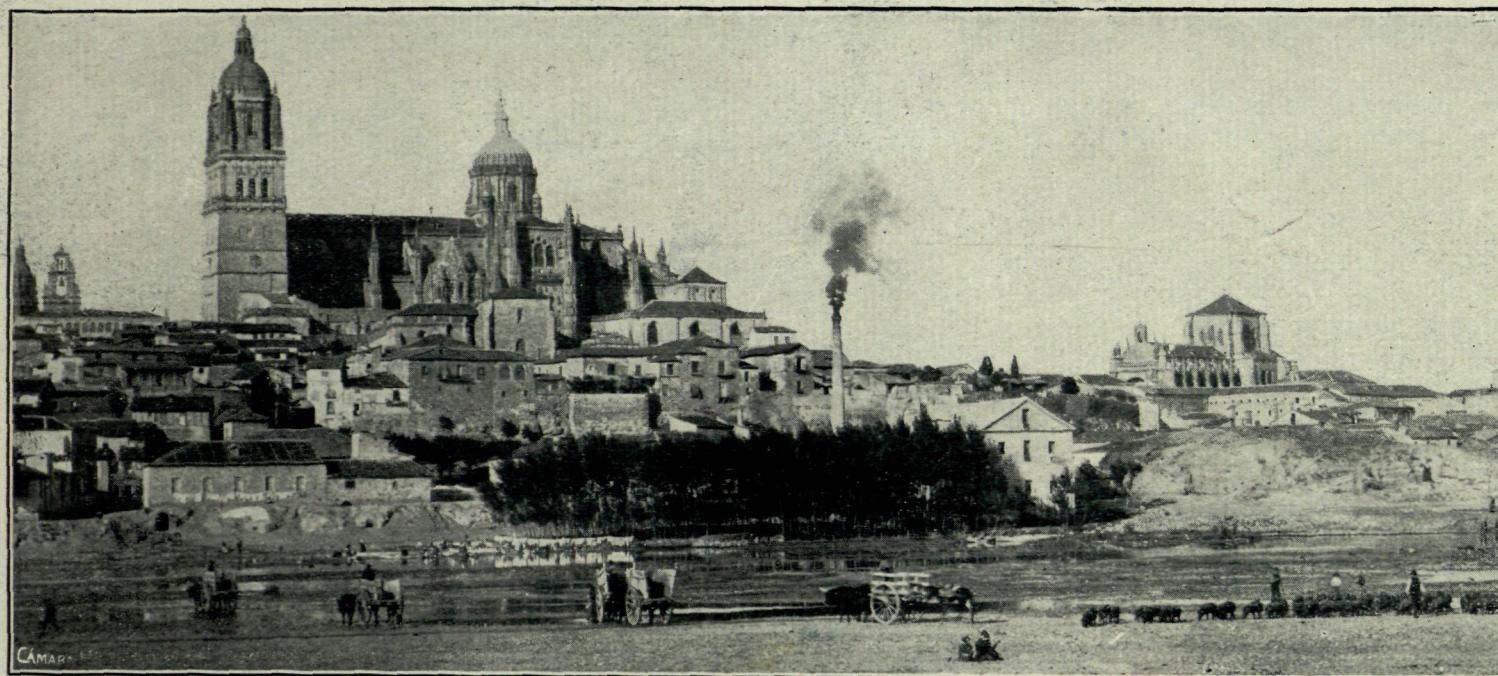


¡HERMANITO CAÑÓN!, dibujo de Apa

1 Hemeroteca General

MONUMENTOS ESPAÑOLES

LA CATEDRAL DE SALAMANCA



CAMARA

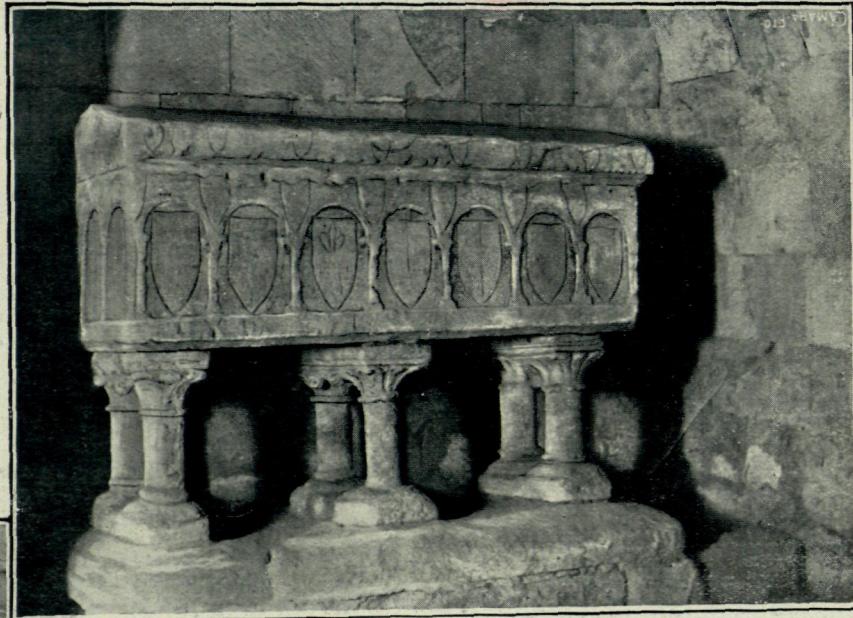
Vista de la Catedral desde la carretera de Avila

CUÁNTAS mañanas he pasado en la catedral vieja, saboreando el silencio, contemplando sepulcros de guerreros y princesas, en esa catedral vieja de Salamanca, de la que escribe el Baedeker «avec des tombeaux et des tableaux insignifiants!»

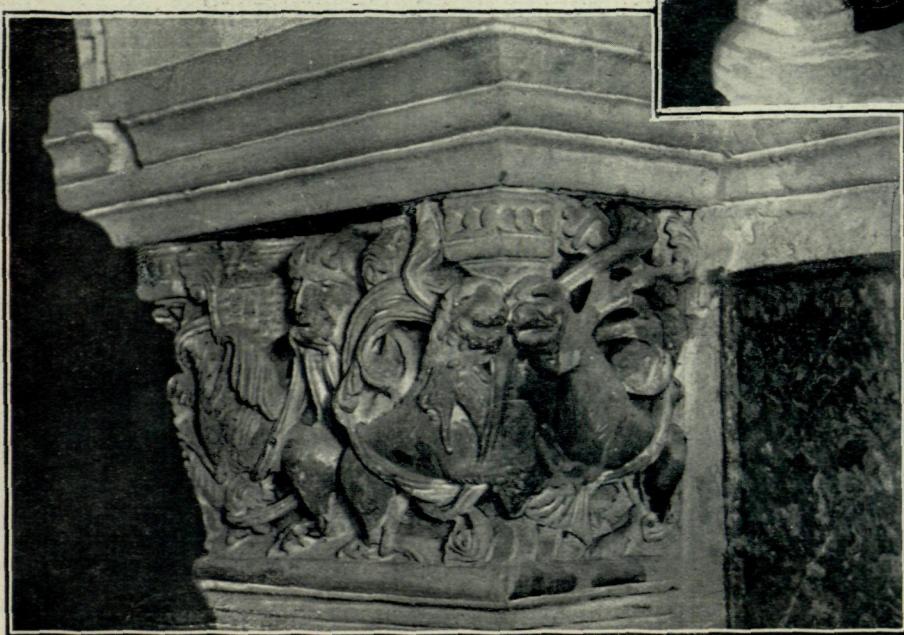
¿Insignificante aquel silencio que tan mansamente susurra la historia pretérita? ¿Insignificante aquella paz, semillero de inquietudes?

Se fundó en el siglo ix la catedral vieja. Los repobladores de Salamanca, Raimundo y Urraca, pusieron la primera piedra de la iglesia, que es fortaleza y templo, castillo y altar, como la ruda religiosidad primitiva, como el alma nacional que nos legaron los visigodos. Treinta obreros comienzan á levantar la fábrica un lunes santo. Alfonso el Emperador les declara exentos de pecho y tributo. Confirman el privilegio, según va levantándose la fábrica, otros monarcas.

¡Y qué iglesia! Fuerá la torre del Gallo, pirámide de torreones, perfectamente oriental, que nos da la sensación de torres llenas de luz. En el Patio—de cadenas—sobresale el brazo de un crucero, se descubren tres ábsides románicos; luego, en el interior, fresco y sedante, entre la doble serie de columnas que avanza hasta el crucero, se respira quietud.



Sepulcro de Don Jerónimo



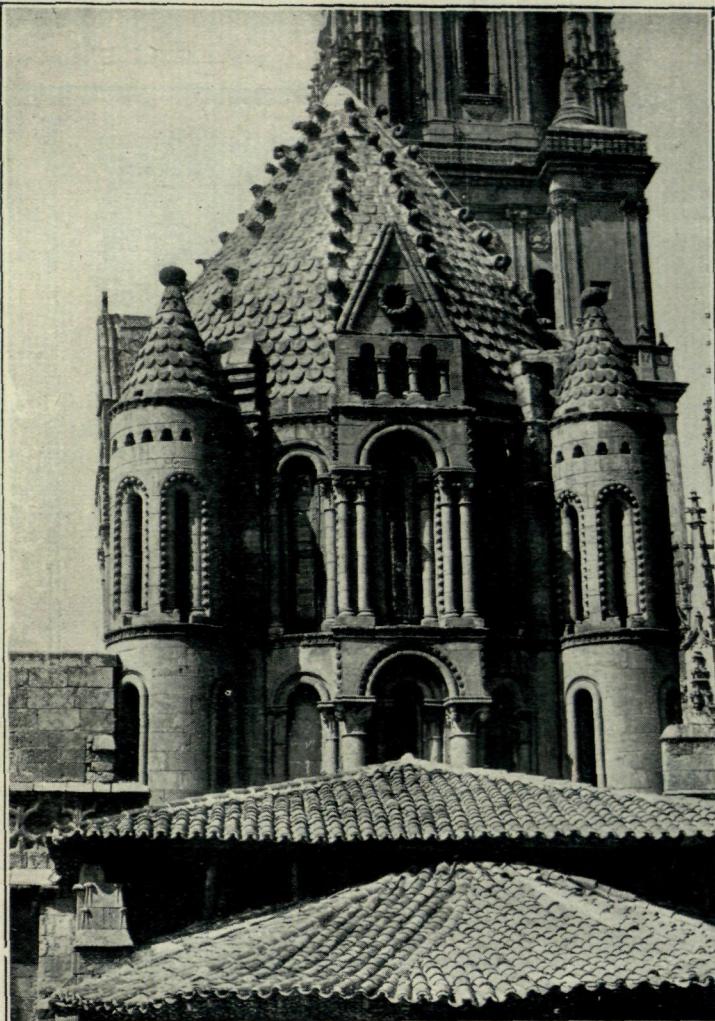
Detalle del sepulcro de Don Jerónimo

FOTS. GOMBAU Y BORRELL

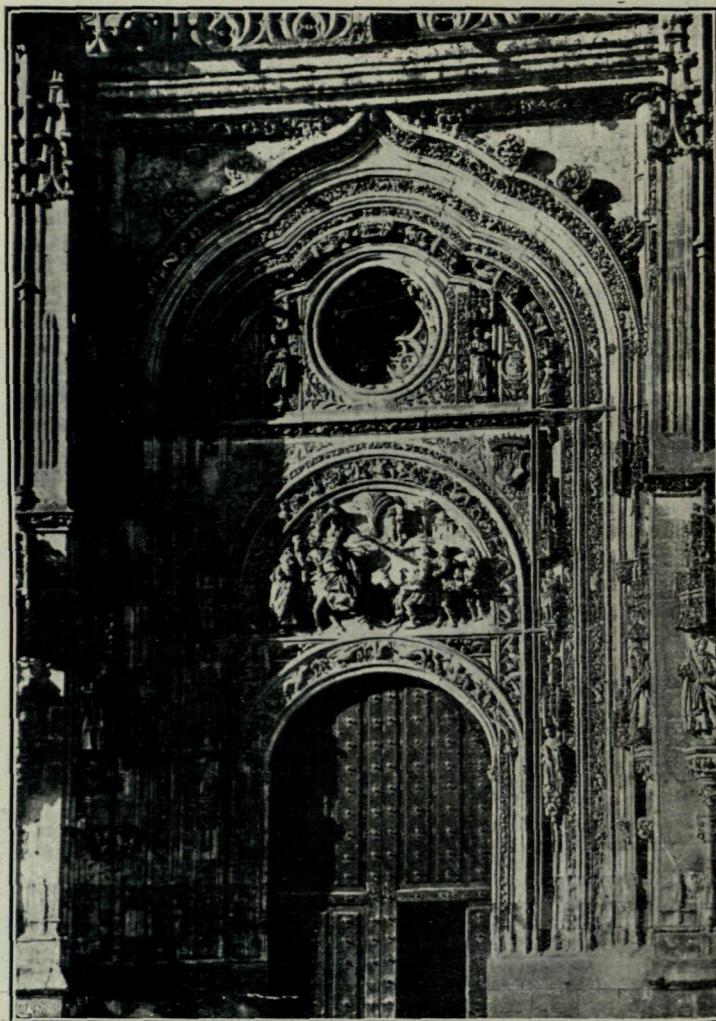
Hay ricos capiteles románicos en el sagrado recinto. Sobre los capiteles, ménsulas. Las ventanas, de arcos semicirculares.

Hay epitafios en los sepulcros, epitafios sabrosos, que vamos deletreando con sosiego, llenando los nombres de contenido. Junto al retablo, á la diestra del presbiterio, está el enterramiento de Doña Mafalda, hija del rey Don Alfonso VIII de Castilla..., «que finó por casar en Salamanca, año de 1204». ¡Que finó por casar! Princesita lejana, que vivió para el amor y que llevó á la tumba su secreto, ¿no dice su epitafio mucho más que el relato menudo del cronicón farragoso?

Y la sombra de Don Jerónimo, el amigo del Cid, ¿tampoco le inspira una página al Baedeker? Este Don Jerónimo, monje benedictino, oriundo de las tierras mimosas del Perigueux, que al decir del poema del Mío Cid era recio en manejar la espada y en domar el caballo, está enterrado en la vieja catedral. El poema glorioso nos ha contado las andanzas del obispo guerrero, amigo de Rodrigo Díaz de Vivar. Don Jerónimo guega al Cid que le permite pelear con moros y Rodrigo quiere hacer del monje y le nombra arzobispo de Valencia:



Catedral vieja.—Torre del Gallo



Catedral nueva.—Puerta de Ramos

en tierras de Valencia fer quiero obispado
e dárgele a este buen cristiano;
vos, cuando ides a Castilla, levaredes buenos
[mandados.
Plogo a Alvar Fañez de lo que dixo Don Ro-
[drigo.
A este don Jerome, yel otorgan por obispo;
diérонle en Valencia ó bien puede estar rico.
¡Dios, qué alegre era tod cristianismo
que en tierras de Valencia señor avíe obis-
[po! (1).

El delicioso poema cita, en varios
pasajes, á Don Jerónimo. En medio de
la llanura, le contemplamos recibiendo
á las hijas del Cid:

Recibidas las dueñas a una grant ondranza,
obispo don Jerome adelant se entrava
y dexava el caballo para la capiella adelifta-
[va (2).

Y hay un pasaje en que el obispo,
después de decir misa y de bendecir
sus huesos, y de absolver á los pecadores, pide al Cid entrar en el combate
á la cabeza:

«A vos Cid Don Rodrigo, en buena çinxies-
[tes espada,
yo vos canté la missa por aqueste mañana;
pídovos una dona e seam presentada;
las feridas primeras que les aya yo otorgadas.»

Dixo el Campeador: «Des aquí vos
sean mandadas» (3).

¡Otorgarle las feridas primeras!

De esta recia estirpe espiritual son
los varones que encierran los sepulcros de la catedral vieja.

Estas piedras nos hablan de las tur-
bulencias de la Edad Media, del gracio-
so balbuceo del romance, de la forma-
ción lenta, segura, del espíritu leonés.

(1) Poema del Mío Cid. Versos, 1299-1256.
Edición del Sr. Menéndez Pidal. *La Lectura*, 1914.

(2) Idem. Versos, 1578-1580.

(3) Idem. Versos, 1706-1710.

Las piedras se levantan con sosiego;
años y años dura la construcción de
la fábrica. Desde 1102, en que empiezan
las obras, la infanta Doña Urraca y
Don Ramón de Borgoña, su marido,
colman de beneficios y legados á la ba-
silica, secundándoles monarcas y pon-
tífices.

La catedral nos habla de Alfon-
so VI y de Sancho IV, y de Doña Be-
renguela y Doña Constanza, princesas
de Castilla, protectoras del culto.

Pero llega un momento en que el
templo parece mezquino, estrecho, pe-
queño para la piedad y la oración. Y
se construye la catedral nueva, clara,
opulenta, rica, elegante, de fachadas
suntuosas, de cúpula airosa y senci-
lla, amplia, risueña, amiga de la vida
y de la pompa. Las dos catedrales jun-
tas, tapando la novel á la hermana ma-
yor, dan una sensación distinta. No he
de descubrirlas menudamente; no hace
falta. Acuda el erudito á sus libros, que
yo vierto sólo mis recuerdos.

Se dijera que no es el mismo Dios
el que se venera en ambas catedrales.
La catedral vieja, silenciosa siempre,
austera, con su claustro lleno de sar-
cófagos y sepulcros, remota, severa,
llena el espíritu de unción y puebla la
mente de recuerdos. La catedral nueva,
mundana, con el órgano que llora las
tristezas de David, haciendo crujir la
bóveda de espanto, cuando suenan las
trompetas y los canónigos sostienen
perezosamente la canturia lenta, ha-
blan de multitudes llenas de fervor. La
catedral vieja es dogma y la vieja litur-
gia: aquella, entraña y ésta, vestidura.
Espléndidas las dos, nos hace pensar
si la reforma no entró con cautela en
el dormido espíritu religioso de nuestra
raza, heredando del paganismo su in-
consciencia y su luz.

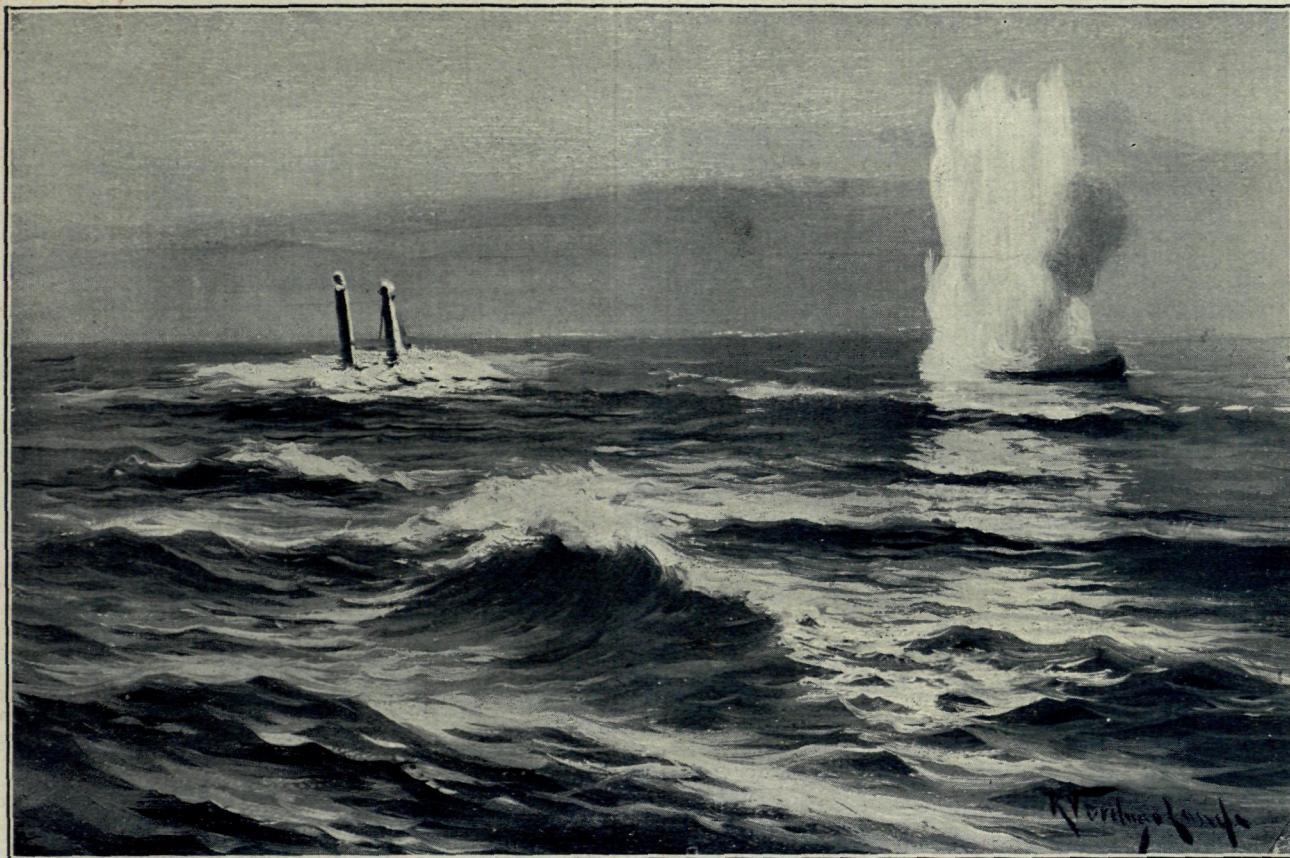
JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS



La Virgen de la Vega

LAS TRAGEDIAS DEL MAR

LOS BUENOS Y LOS MALOS



VED la tragedia de unos hombres honrados... Salieron de noche. Las lucecillas del puerto fueron quedándose detrás, cada vez más lejos, mientras el barco pesquero adentraba en el mar, dispuesto á navegar día y noche hasta alcanzar el punto deseado.

hasta alcanzar el punto deseado.

Era el *Crown-of-Castille*, que sobre cubierta, en el puente y en la cámara de máquinas, había reunido á un puñado de hombres, ansiosos de ganar el sustento de los suyos, aunque en la demanda se jugaran su propia existencia luchando contra los elementos ó contra semejantes que, á veces, son más fieras que las cóleras mismas del Océano.

La tierra, en tiempo de paz, es ingrata, y en estos de guerra que corremos mucho más. Los víveres y los cuidados son para los combatientes que, en verdad, tienen sobre sus hombros esa ruda tarea de salvar la patria; pero hay más que ellos en el mundo. Hay mujeres que piden amparo, hay niños que solicitan pan, y por unas y otros, aquellos marinos, pescadores y cazadores, á un tiempo resolvieron despreciar los peligros que pudieran acecharles, y navegar, navegar mucho, hasta llegar á parajes donde pudieran hallar el vellocino de oro, no para satisfacer vanidades que jamás sentirían, sino para tranquilizar las voces que en los hogares solicitaban su ayuda.

Iban lejos: hacia tierras donde no llegaban los rumores de las batallas, hacia lugares donde reinaba una tranquilidad absoluta. Casi podría asegurarse que esa madre Naturaleza era la única que allí imperaba y regía y la sola que podría prestar su ayuda a aquellos valientes.

Hacia Terranova se dirigieron. Este año podría hacerse allí una excelente temporada, cazando ú adquiriendo pieles. La mayoría de los barcos que, en otras ocasiones, agitábanse por allí, hallábase hoguero detenida en los puertos, faltos de hombres ó de entusiasmo para moverlos. Una larga travesía por mar en estas circunstancias, era empresa casi tan atrevida como aquella que intentó siglos hace un intrépido genovés, y como en la ocasión presente no era un mundo nuevo el que atraía, si no un miserable puñado de pesejas, no todos se atrevían á lanzarse al mar por ellas, en la presente ocasión, en que á tan bajo precio se cotiza la vida de un hombre.

Pero llegaba el invierno; la guerra no acababa, el frío dejábase sentir, y en las aldeas no

sabían ni querían saber nada, sobre todo esas cosas que los diplomáticos y los hombres de ciencia, han bautizado con los pomposos nombres de naciones beligerantes, guerra comercial ó derecho internacional. Había que comer. Necesitábbase venir en ayuda de ancianos, mujeres y niños, y unos cuantos hombres pacíficos, pero templados, ocuparon sus puestos de honor sobre el *Crown-of-Castille* y lanzáronse hacia las heladas regiones de Terranova.

La expedición realizóse felízmente. El silencio rodeó, durante largo tiempo, á aquellos hombres que se afanaban por reunir la cantidad de pieles suficiente para emprender el regreso hacia las regiones habitadas, y ver así logradas sus esperanzas.

¿Qué estaba sucediendo mientras tanto? ¿En qué estado se hallaba la lucha que ellos dejaron encendida cuando salieron de sus hogares? Imposible saberlo. En las soledades en que se hallaban aquellos aventureros, nadie podría decírselo. La gente que les rodeaba era aun más primitiva que ellos y había que empezar por explicarles que, á aquellas horas, en la parte más civilizada del globo, los seres que habían conseguido ir más allá de la Naturaleza misma, inventando cosas, perfeccionando otras y mostrándose como superiores, ponían todo su esfuerzo en destruirse, resucitando los tiempos de luchas y barbaries.

luchas y barbaries. ¿Cómo decir eso? Había que guardarse, en lo más recóndito del cerebro, semejantes pensamientos, y trabajar, luchar, ver cómo la vida se presentaba dura en aquellas regiones y esperar el codiciado momento del regreso.

el codicilicio momento del regreso.

¡Y en verdad que trabajando consiguieron ver colmados sus afanes! Después de larga permanencia en Terranova, el jefe de la expedición dió por concluida la invernada y pronunció las hermosas palabras de «hay que regresar á la Patria».

Los corazones abriéronse a la esperanza. ¿Qué sucedería en ella? ¿Cómo se encontrarían los seres débiles que se quedaron aguardando el regreso de los que marcharon?

Y lentamente el barco fué desprendiéndose de los hielos que le habían retenido prisionero durante aquellas interminables noches de invierno. Sus bodegas iban abarrotadas de pieles raras y costosas, pieles que luego lucirían las madamitas elegantes, que jamás pensaron á costa de cuán-

tos sacrificios podían ponerse aquellas galas. Más, ¿quién dijo sacrificios? Venturas y dichas eran las que se encerraban en el fondo del valiente barco. Venturas para los que habían conseguido su objeto al luchar con los elementos, y dichas para los que se quedaron en la misera aldea poniendo todas sus esperanzas en los que de ella se alejaron.

Navegó el *Crown-of-Castille*, internándose poco á poco en mares cada vez más habitados, y á medida que avanzaba, mayor tristeza producise en el ánimo de sus tripulantes. ¡Seguía la guerra y cada vez era más cruel! ¡Ojo, que seréis atacados! ¡Las naciones están bloqueadas! ¡La lucha se hace sin cuartel! Tales impresiones recibían de labios de otros hombres, fuertes y valerosos como ellos, que andaban también errantes por los mares.

— ¿Serás posible? — « bla á perpetrarse tan horrible hecho? Ellos no iban en son de paz, sino de amor, y sobre todo de humanidad hacia los suyos, hacia los que tenían derecho á la vida por ser débiles e indefensos.

¡Francia! Allá lejos, no tanto como antes, hallábase el objeto deseado, el rinconcito donde reposar dichosos y comenzar a disfrutar del producto de sus ganancias. Sí, Allí estaba.

producto de sus ganancias. Sí. Allí estaba...

De pronto, la fatalidad. Un submarino enemigo apareció junto al barco que tan valientemente había soportado la ruda campaña invernal, y después de conceder generosamente la vida á los que lo tripulaban, fué echado á pique sin consideración alguna.

Un torpedo le hundió rápidamente en el fondo del mar y con él desaparecieron aquellas pieles por las que habían luchado bravamente unos cuantos hombres.

Estos, refugiados en canoas, navegaron hasta llegar á tierra, y cuando en ella pusieron sus plantas, miráronse mudos de terror. Habían vuelto, ciertamente, pero más pobres que se fueron, desnudos, enfermos y doloridos.

No traían pan y consuelo á sus hogares, sino desesperación y tristeza. ¡Lloraron algunos y otros se mordieron los nudos de rabia!

—Si llego á tener un cañón—dijo el capitán.
El afán de sangre había ganado el corazón de aquellos hombres que salieron esperanzados y buenos, y regresaban angustiados y lamentando no haber sido malos, como los demás...



LA VIDA ARTÍSTICA EXPOSICIÓN DE PINTORES ALEMANES



KURT LEYDE

blico, ya que este último empieza á dar á la casa un aspecto más bello que antes con las ampliaciones fotográficas, los cuadros de baratillo ó las malas copias de lienzos religiosos.

Además de la Exposición Nacional, se celebran actualmente en Madrid otras cinco exposiciones: la del Círculo de Bellas Artes, en la calle del Príncipe; la de Gustavo de Maeztu, en el Palace Hotel; la del paisajista Enrique Vera, en casa Iturrioz; la de cuatro artistas alemanes, en el Centro Alemán, y la del dibujante Romero Calvet, en el Ateneo. A ellas seguirán también la de Anselmo Miguel Nieto, el admirable pintor de figuras femeninas; la de Marín Ramos, el genial sevillano de los carteles extraños e inquietantes, y la de Morcillo, un pintor joven y casi desconocido, de mucho talento.

Hablemos hoy de la exposición de pintores

NADA tan grato como este indudable reflorecimiento de arte que embellece á Madrid. Nunca como ahora han sido tantas y tan variadas las manifestaciones artísticas. Nunca como ahora se han ofrecido al público más ocasiones de depurar su gusto y ennobecer su espíritu, orientándole hacia las más diversas emociones estéticas.

Hace seis ó ocho años hubiera parecido extraña esta coincidencia de Exposiciones. Hoy no sólo no resulta extraña, sino que se encuentra lógica, puesto que la gente se va enterando de que los cuadros se exponen para ser vendidos... y los compra.

Con lo cual ganan todos. los artistas y el pú-

pintan paisajes, árabes ó andaluces, aunque se ajustan de un modo muy notable al natural, dan sus lienzos siempre una sensación fría, un poco gris, sin la amplia y cálida luminosidad que habría derecho á exigir siendo, como son, reflejo bastante exacto de tierras del sol.

Las obras de más subido y equilibrado mérito son las de los señores Leyde y Sollmann.

Leyde expone diez y ocho cuadros y más de treinta aguas fuertes. En los cuadros representa tipos y paisajes de Castilla. Desde luego más importantes los últimos que los primeros. Entre *San Fernando desde el paseo Rosales*, *Nube sobre el tejar*, *Madrid desde el*



PAUL SOLLmann

del género. Algunas de ellas querríamos haber reproducido; pero el temor á ciertos tartufos que con sus vocinglerías de protesta contra el desnudo parecen firmar un estado de opinión, nos los impiden. Las más admirables aguas fuertes de Leyde tienen como motivo principal el desnudo femenino, lo más bello, sagrado y sublime del arte.

Sigue en méritos al Sr. Leyde el Sr. Sollmann, paisajista notabilísimo, que presenta una colección de paisajes de Granada y Tánger á cual más bellos y justos de nota, pero entre los que sobresalen *Alhambra desde San Nicolás*; *Tánger, Zoco grande*; *Anochecer*, y el titulado *Granada*, que es un acierto definitivo.

También son, por último, muy interesantes las obras de los Sres. Beintmann y Brandt, en las que resaltan muchas y notables condiciones de paisajistas.



"La diligencia", aguafuerte original de H. Leyde

alemanes, que ha constituido una nota de curiosidad y de interés.

Cuatro artistas han expuesto en ella: Beintmann, Brandt, Leyde y Sollmann, con un conjunto de muy cerca de setenta obras.

Todos ellos cultivan con preferencia el paisaje. La figura humana no les interesa tanto y buena prueba dan los pocos lienzos de figuras indiscutiblemente inferiores á los de paisaje.

Otro aspecto característico y común á los cuatro artistas, es la frialdad, lo que pudiéramos llamar «timidez de luz».

Efectivamente: aunque

Manzanares y Niñas con periódicos ó *Dos mendigos*, ó *Segoviano con su hija*, la elección no es dudosa. Hay más emoción, más palmarias muestras de sensibilidad y de experiencia técnica en los paisajes.

Sin embargo, lo mejor de su obra y tal vez lo mejor de la exposición son las aguas fuertes. Aquí sí que nos damos cuenta de estar en presencia de un talento fuerte, vigoroso, original. El Sr. Leyde une al dominio del procedimiento una imaginación fértil y fecunda.

Hay pruebas que no vacilarían en firmar los más grandes maestros



BEINTMANN

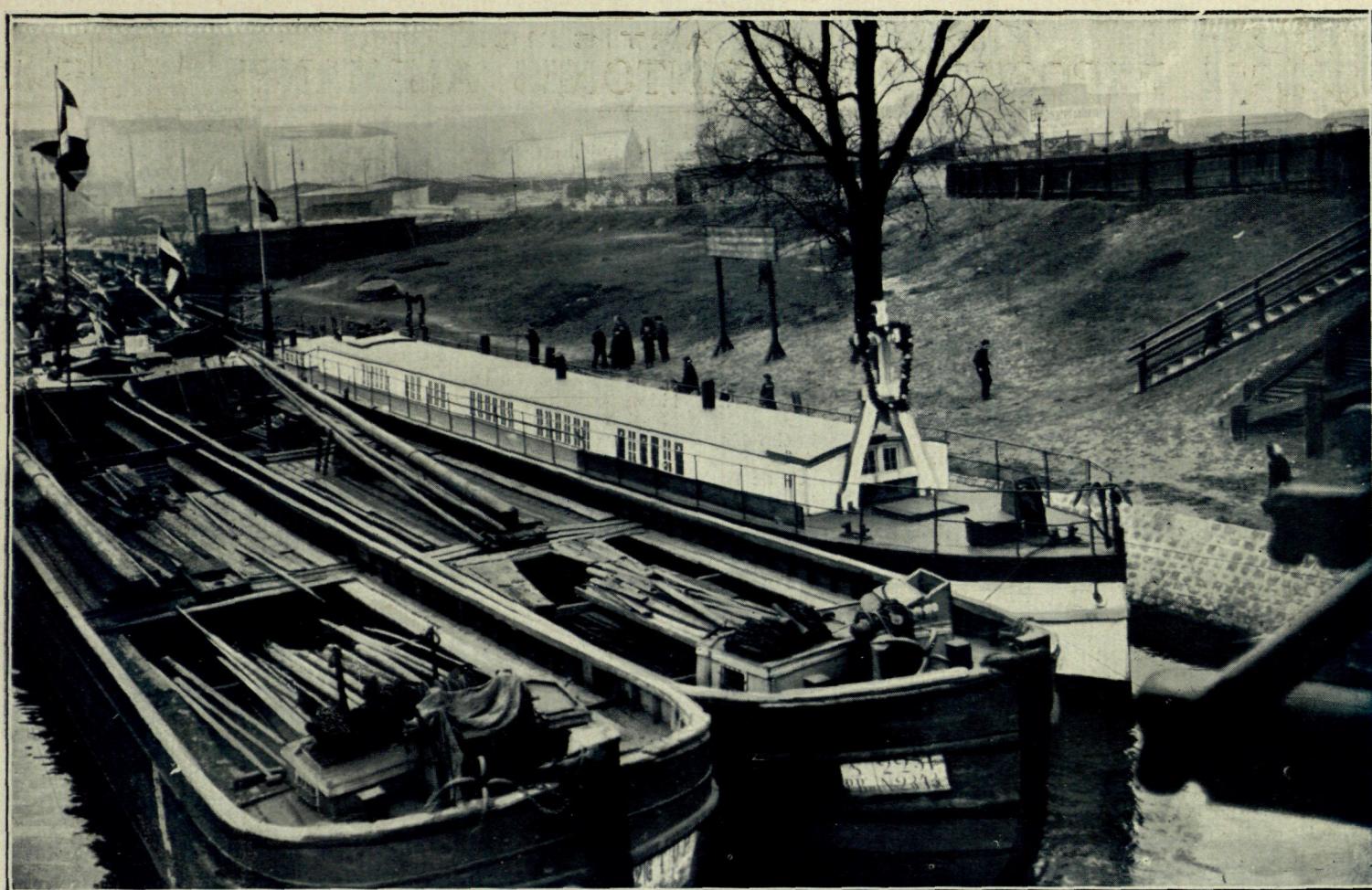


BRANDT

Biblioteca de Comunicación
i Hemeroteca General



DIBUJOS DE PRESNO



Una iglesia flotante instalada en una barca, sobre el río Spree, en Berlín

LAS IGLESIAS FLOTANTES EN ALEMANIA

De una breve estancia en Berlín, antes de la guerra, que si aparentemente no ha alterado la vida de la capital del Imperio, ha tenido que producir necesariamente una interna paralización que se traducirá pronto en malestar y aun en miseria, queda en el ánimo del viajero la memoria confusa de aquellas anchuras cañones de los barrios modernos, con sus palacios señoriales, con su animación indescriptible de vianandantes y de vehículos de todas indoles, con sus comercios fastuosos, todo lo que le proporciona el encanto bullicioso de una gran población donde todas las especulaciones de la vida tienen su manifestación más amplia y su aspecto más fuerte y complicado.

En el laberinto cinematográfico de la memoria aparecerán, cuando se evocuen aquellas breves horas, las anchuras plazas limpias y embellecidas por jardincillos, en el centro de muchas de las cuales levántanse los templos de varia y bella arquitectura; los parques espléndidos; los puentes monumentales que ponen en comunicación las dos partes en que divide la ciu-

dad el caudoso y navegable Spree, en cuyas aguas de un gris verdoso culebrean las líneas de los edificios que se levantan en ambas orillas; las estatuas y los monumentos de sólida belleza en los que predomina el estilo moderno que caracterizan la fuerza y la energía compatibles con el sentimiento artístico en que tan varoniles se muestran los escultores alemanes, destaca-

cando de esta visión rápida del conjunto, panoramas urbanos de tan espléndida perspectiva como el de la calle denominada Bajo los Tilos que se extiende desde el Palacio Real á la Puerta de Brandenburgo, con su cuádruple fila de tilos que plantaron los grandes electores en el paseo central; sus amplias vías para carruajes á ambos lados, sus asfaltadas aceras de más de cuan-

tro metros de anchura, y sus edificios suntuosos entre los que se cuentan el palacio de Guillermo I, la Academia de Artes, los ministerios de Cultos e Interior, la Embajada rusa y otros cien más de tan hermoso aspecto.

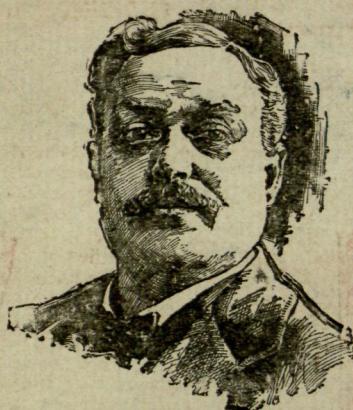
También de la permanencia breve en Berlín, quedará en la memoria la Catedral que planea Raschdorff y en cuya obra del Renacimiento italiano admíranse detalles de ornamentación escultórica verdaderamente suntuosos; el palacio real, residencia digna de los emperadores, que se levanta majestuoso en el centro de la isla del Spree, frente al Lustgarten, del cual le separa una hermosa plaza á la que da acceso el puente de palacio



Hijas de marinos y pescadores del Spree saliendo de la iglesia flotante después de recibir el sacramento de la confirmación

LA TISIS PUEDE SER CURADA

DESCUBRIMIENTO DE UN REMEDIO CONTRA LA TISIS



Dr. Derk P. Yonkerman, el Descubridor del Nuevo Remedio contra la Tisis

Después de siglos de investigaciones, sin éxito, se ha descubierto un remedio para la curación de la Tisis, aún en los períodos avanzados de la enfermedad. Nadie puede dudar que la Tisis tiene remedio una vez que haya leído los testimonios de centenares de casos curados mediante este notable descubrimiento—algunos de ellos cuando un cambio de clima y todos los demás remedios habían sido probados sin éxito, y sus casos se consideraban como incurables. Este remedio nuevo es también eficaz y rápido en la curación del Catarro, de la Bronquitis, del Asma y otras enfermedades de la garganta y de los pulmones.

Para que todos los que necesiten este tratamiento, puedan investigar su mérito personalmente, se ha publicado un libro explicativo que trata de la Tisis, la Bronquitis, el Asma, el Catarro y las enfermedades aliadas de la garganta y de los pulmones. El libro explica la naturaleza del nuevo tratamiento y demuestra de una manera indiscutible cómo y por qué este descubrimiento del Doctor Yonkerman cura rápidamente estas enfermedades peligrosas.

Para los que padecen de la Tisis, la Bronquitis, el Asma, el Catarro ó cualesquiera de las enfermedades aliadas de la garganta ó de los pulmones, este libro es

ABSOLUTAMENTE GRATIS

No hay que mandar timbres postales ni dinero. Que el interesado mande su nombre y dirección á la Derk P. Yonkerman Company, Ltd., Departamento 670, 6, Bouvier Street, Londres, Inglaterra, haciendo mención de este periódico y se le enviará el libro bajo cubierta sencilla, libre de porte, á vuelta de correo.

Que no se espere que se desarrollen los síntomas de la Tisis. Si tiene usted Catarro crónico, Bronquitis, Asma, dolores en el pecho, resfriado de los pulmones, ó cualquiera enfermedad de la garganta ó de los pulmones, escribanos hoy, pidiendo el libro.

TAPAS

para la encuadernación de
"LA ESFERA", confe-
cionadas con gran lujo

DOS TOMOS PARA EL AÑO DE 1914

Á 4 pesetas cada juego de tapas
para un semestre

SE VENDEN EN LA
ADMINISTRACIÓN DE Prensa Gráfica (S. A.)

HERMOSILLA, 57

MADRID

Para envíos á provincias añádense 0,40 de correo y certificado

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

EDITADA POR "PRENSA GRÁFICA S. A."

Director: Francisco Verdugo Landí □ Gerente: Mariano Zavalá

Número suelto: 50 céntimos

Se publica todos los sábados

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA

Un año. 25 pesetas

Seis meses. 15 "

EXTRANJERO

Un año. 40 francos

Seis meses. 25 "

ULTRAMAR: REPÚBLICA ARGENTINA

Un año. 25 pesos, moneda nacional
(Dirigirse á los concesionarios exclusivos:

Sres. ORTIGOSA y COMPAÑÍA—Rivadavia, 698)

PAGOS ADELANTADOS

Diríjanse pedidos al Sr. Administrador de "Prensa Gráfica", Hermosilla, 57, Madrid □ Apartado de Correos, 571 □ Dirección telegráfica, Telefónica : : : y de cable, Grafimun □ Teléfono, 968 : :



LIBRERIA DE SAN MARTIN

MADRID

PUERTA DEL SOL, 6

VENTA DE NÚMEROS
SUELtos

KÂULAK

FOTÓGRAFO

ALCALÁ, 4

MADRID

Biblioteca de Comunicación
y Hemeroteca General

FLORES DEL CAMPO



El Jabón FLORES DEL CAMPO y su importancia en la higiene

Persuadidos de que el más grande enemigo de la piel, y principalmente de la del rostro, es el mal jabón, hemos dedicado atención preferente á este problema de la higiene, habiendo conseguido, después de numerosos ensayos, producir un jabón completamente neutro, cuya fórmula y procedimiento de fabricación difieren en absoluto de los empleados hasta el día, siendo superior al mejor extranjero.

UAB
Biblioteca de Comunicació
i Hemeroteca General